



CHRISTUS
REVISTA DE TEOLOGÍA,
CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL

No. 853 / Año LXXXIII / \$120



**CLAVES EMERGENTES SOBRE
LA SINODALIDAD EN LEÓN XIV**

RAFAEL LUCIANI

LAS LÁMPARAS DE LEÓN XIV

MIGUEL MELO, S.J.


**LAS EXPECTATIVAS DE LAS
MUJERES EN LEÓN XIV**

DÉBORA ROBERTA SÁNCHEZ GUAJARDO



LEÓN XIV

¿CONTINUIDAD O CAMINO PROPIO?



Les saludamos en este tiempo de Pascua. Que la luz del Resucitado ilumine nuestras acciones diarias y nos permita caminar en armonía con el Reino, cultivando gestos de justicia, cuidado y vida compartida allí donde nos toca estar.

Desde *CHRISTUS* damos la bienvenida al padre Enrique Javier Mireles Bueno, S.J., como nuevo Provincial de los jesuitas en México, y agradecemos su disposición para asumir esta misión. Con igual gratitud reconocemos el servicio generoso y cercano del padre Luis Gerardo Moro, S.J., cuya entrega ha acompañado a la Provincia y a este proyecto editorial.

Aprovechamos para informar que a partir de abril el precio de la revista impresa será de 120 pesos por número. Como agradecimiento, la suscripción anual tendrá un costo de 450 pesos e incluirá cuatro números a domicilio.



¡Síguenos en redes sociales!

📘 RevistaChristus

📷 revistachristus_

👉 nas.io/es-mx/revista-christus

Visita nuestro sitio web:

<https://christus.jesuitasmexico.org/>

Escucha *Ve y diles*:

<https://spoti.fi/4fxkATt>

CHRISTUS
REVISTA DE TEOLOGÍA,
CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL
No. 853 Año LXXXIII trimestral

COMITÉ EDITORIAL

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J. (coordinador)
Alejandro Cárdenas López
Nerio Solís Chín, S.J.
Carlos Jesús Araujo Torre
Sofía Irene Ortega Simón
Cristina Paloma Robles Muro
Francisco Urrutia de la Torre
Manuel Verduzco Espinoza
Alejandra Nájera
Felipe Monroy

COMISIÓN TEOLÓGICA

Carlos Cervantes, S.J.
Raúl Cervera, S.J.
Gerardo Cortés, S.J.
Nerio Solís Chín, S.J.
Javier Garibay, S.J.
Luis Arturo Macías, S.J.
Sebastián Mier, S.J.
Jorge Ochoa, S.J.
Álvaro Quiroz, S.J.
Arturo Reynoso, S.J.
Pedro de Velasco, S.J.
Alexander Zatyryka, S.J.

Imagen de portada: © Francisco Xavier Franco Espinoza, Cathopic
Imagen de tercera de forros: © Maxisports, Depositphotos
Algunos elementos gráficos de las secciones han sido diseñados usando imágenes de Freepik.com

Algunas imágenes que aparecen en la revista se publican en términos de lo que establece el artículo 148 de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma o medio, con propósitos educativos y sin fines de lucro, sin que sea necesario obtener autorización expresa por parte de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, A.R.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL No. 853 Año LXXXIII, abril-junio de 2026, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, A.R., Av. Río Churubusco núm. 434, Colonia del Carmen, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04100, teléfono: 55 5533 5835. Editor responsable: Pedro Antonio Reyes Linares. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2023-011210031400-203, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Pedro Antonio Reyes Linares, 1 de abril de 2026. Fecha de publicación: 1 de abril de 2026.



CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL

Abril | Mayo | Junio 2026

2 EDITORIAL

4 MIRAR DE CERCA

Trump 2.0

Jorge Rocha Quintero

39 ESPIRITUALIDAD

La Contemplación para
alcanzar amor en san Agustín

Pedro Antonio Reyes

Linares, S.J.

43 OTRAS SABIDURÍAS

Hermanos sabiéndose
hermanos

Elías González Gómez

46 EN SU PROPIA VOZ

Nacidos bajo el mango:
Escuelita Bendita Mezcla

*Manuel Antonio Silva de la
Rosa*

49 DESDE OTROS OJOS

Patatas en forma de corazón

Carlos Alonso Grande

Aldana

51 EL LIBRERO DE CHRISTUS

Cristianismo radical

Pedro Antonio Reyes

Linares, S.J.

53 NO SÓLO DE PAN...

*Sebastián Salamanca Huet,
S.J.*

60 LAS PALABRAS DEL PAPA

CUADERNO



Foto: © m.iacobucci.tiscali.it, Depositphotos

8 PARA LEER EL CUADERNO

10 León XIV, de *outsider* a constructor de unidad

Felipe de J. Monroy González

16 Claves emergentes sobre la sinodalidad en León XIV

Rafael Luciani

23 Un agustino sucede a un jesuita

José Sánchez Zariñana, S.J.

29 Las lámparas de León XIV

Miguel Melo, S.J.

35 Las expectativas de las mujeres en León XIV

Débora Roberta Sánchez Guajardo

CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL | No. 853 | Año LXXXIII trimestral

DIRECTORIO

Enrique Javier Mireles Bueno, S.J.
Provincial de la Compañía de Jesús en
México

Alexander Paul Zatyryka Pacheco, S.J.
Rector del ITESO,
Universidad Jesuita de Guadalajara

Carlos Jesús Araujo Torre
Director de Relaciones Externas del ITESO,
Universidad Jesuita de Guadalajara

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J.
Director de la revista

Narce Delia Santibáñez Alejandre
Directora de Comunicación de la Provincia
Mexicana de la Compañía de Jesús

EQUIPO EDITORIAL

Editora: Cristina Paloma Robles Muro
Editora de fotografía: Lalis Jiménez

Editor de la sección *Otras sabidurías*:

Elías González Gómez

Editora de redes sociales:

Karla Paola Martínez García

Cuidado de la edición: Oficina de

Publicaciones del ITESO

Diseño y diagramación: Beatriz Díaz Corona J.



EDITORIAL

A casi un año del inicio del pontificado de León XIV persisten más preguntas que certezas. No parte de cero: hereda de Francisco procesos abiertos —como la sinodalidad, el papel de las mujeres, el cuidado de la Casa Común y la opción por los más pobres— que aún requieren escucha, discernimiento y decisiones valientes para el futuro de la Iglesia.

Hoy, frente a un panorama mundial atravesado por los perversos juegos de poder de algunos liderazgos políticos, encumbrados por las élites económicas, vemos cómo se han debilitado las reglas que durante décadas sostuvieron el orden internacional en un mundo cada vez más multipolar. En ese contexto, la apuesta por la paz es uno de los grandes signos que identifican a León XIV, que ha insistido en construir «una paz desarmada y desarmante», y en no desestimar el poder del diálogo para construir puentes entre hermanos, incluso entre colegas de trabajo, como su propio personal de apoyo en la curia romana, a quienes ha dirigido mensajes de colaboración y respeto.

Al mismo tiempo, en este primer año se percibe un interés por fortalecer las estructuras

internas de la Iglesia, buscando mayor coherencia, corresponsabilidad y claridad institucional, no desde el clericalismo, sino desde un diálogo entre voces también críticas.

No es menor que haya adoptado el nombre «León XIV», haciendo referencia a León XIII, quien impulsó la histórica encíclica *Rerum novarum*, con la que afrontó la cuestión social en el contexto de la primera gran revolución industrial. León XIV ha sido claro en que los tiempos actuales exigen de la Iglesia una revisión crítica de la realidad.

A un año de iniciado este pontificado, más que definir respuestas, lo que León XIV nos propone es afinar la escucha, la del Espíritu Santo, a quien encomienda gran parte de sus obras. Porque quizá la esperanza, una vez más, no vendrá de grandes proclamaciones, sino de la capacidad de seguir haciéndonos las preguntas correctas, juntas y juntos, en medio de un mundo herido que espera señales de sentido sin perder el objetivo común entre quienes integramos el Pueblo de Dios.

Equipo editorial de *CHRISTUS*







TRUMP 2.0

Jorge Rocha Quintero

El año 2026 comenzó de forma muy convulsa y Donald Trump ha sido la figura protagónica de esta situación a escala global. Su regreso a la presidencia ha reactivado tensiones diplomáticas y políticas en múltiples frentes, lo que refuerza la percepción de un Trump 2.0 con un estilo de gobierno más confrontativo y de amplio impacto institucional.

Intervención militar en Venezuela

Durante los primeros días de 2026 la agenda global de discusión se centró en la intervención militar del ejército de Estados Unidos en Venezuela. Esta acción tuvo por objetivo la detención del entonces presidente Nicolás Maduro, a quien se le acusa de ser parte de una red de delincuencia organizada implicada en el tráfico de drogas y terrorismo. Maduro fue capturado y llevado a Estados Unidos para ser juzgado. En su primera comparecencia el ex-presidente se declaró inocente, pero se anticipa que el proceso seguirá por largo tiempo. El operativo dejó un saldo de 80 personas muer-

tas y en un primer momento Donald Trump expresó que la razón de esta intervención era para combatir el tráfico de drogas.

Venezuela atravesaba desde hace varios años una crisis política muy grave, que se agudizó luego del descomunal fraude electoral de julio de 2024, situación que fue condenada por la Organización de Estados Americanos (OEA). A la crisis democrática de este país sudamericano se sumaba la crisis económica. Uno de los datos más preocupantes son las condiciones de pobreza que documentan varias organizaciones, entre ellas la Universidad Católica Andrés Bello, de la Compañía de Jesús, que afirma que el 56.5% de las y los venezolanos están en pobreza multidimensional. De ninguna forma se podía afirmar que Maduro era un buen presidente, sin embargo, la intervención militar resultó sumamente cuestionable.

Un asunto clave para entender los motivos profundos de Donald Trump para intervenir Venezuela es el petróleo de este país. De acuerdo con la Organización de Países Exportadores de Petróleo, se estima que las reservas probadas de petróleo en Venezuela rondan los 303,221 millones de barriles, que lo colocan como la nación con la mayor cantidad de este recurso en todo el mundo.

Doctor en Estudios Científico-Sociales en la línea de investigación de Política y Sociedad en el ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara.





Nicolás Maduro no sólo dejó de apoyar a esta industria, sino que tenía una clara postura política en contra de Estados Unidos. Para el gobierno de Donald Trump era prioritario tener acceso a las reservas de petróleo más grandes del mundo, y para ello era necesario un gobierno que contribuyera a estos intereses. La intención quedó clara cuando el republicano tuvo una reunión con empresarios petroleros estadounidenses, a los que les ofreció invertir en Venezuela. La sesión fue un fracaso porque ninguno aceptó esta oferta.

En términos políticos, la intervención militar de Estados Unidos en contra de Venezuela y su entonces presidente claramente violó el derecho internacional de los derechos humanos y contravino los procedimientos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y de la OEA. Por la forma en que fue ejecutada esta acción, incluso no estuvo acorde a las propias leyes norteamericanas en la materia, lo cual fue denunciado por políticos demócratas, entre ellos el senador Bernie Sanders. Cuando se dio la intervención militar la respuesta internacional no se hizo esperar y hubo una condena de muchos países, entre los que estuvieron Brasil, Chile, Colombia, Uruguay, México, Cuba, España, Alemania, Bélgica, la Unión Europea en general, China, entre otros.

Durante el momento más álgido del conflicto la narrativa y los mensajes políticos de Donald Trump, tanto en la agenda global como al interior de su propia nación, fue que su país y su gobierno eran los únicos actores sociopolíticos a escala global que podían garantizar el estado de derecho, el goce de las libertades y un gobierno legítimo y democrático en Venezuela. Esta narrativa tiene al menos dos propósitos de fondo: el primero es mandar un mensaje a todo el planeta sobre cómo el presidente tratará de reestablecer la hegemonía política y económica estadounidense, sobre todo en América Latina, donde, por encima

de las reglas y las leyes internacionales, Estados Unidos puede, de forma unilateral y sin pedir permiso a nadie, imponer un orden internacional de acuerdo con sus intereses. La apuesta de política internacional estadounidense se tratar de volver a la llamada doctrina Monroe, que afirma que «América es para los americanos». El segundo propósito es minar y aminorar la presencia y la fuerza política de organismos multilaterales internacionales como la ONU y la OEA, a los cuales ha criticado desde su llegada al poder, ha reducido los recursos económicos que desde su creación eran aportados por Estados Unidos y ha exhibido y agudizado su crisis y su poca capacidad de acción frente a sus países miembros.

Dicho lo anterior, no es la democracia, las libertades ni los derechos lo que busca rescatar y promover el gobierno de Estados Unidos: es la hegemonía política y los intereses económicos.

La crisis política en Estados Unidos

La llegada de Donald Trump a su segundo mandato presidencial generó una dinámica de confrontación política permanente en contra de aquéllos que considera sus enemigos al interior del país.

Primero comenzó con la presión y el hostigamiento contra universidades y organizaciones no gubernamentales. Los casos más controvertidos fueron los de las universidades de Harvard y de Columbia, a las que les suspendió fondos gubernamentales, además de revocar cientos de visas a estudiantes extranjeros que cursaban sus estudios en esas instituciones. Otro de los casos paradigmáticos en esta política de presión fue el de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, que desde los años sesenta y hasta la fecha era una de las principales financiadoras de proyectos de desarrollo y derechos humanos en América Latina y en el mundo,



que a mediados del año pasado desapareció con argumentos muy poco serios en los que se afirmaba que había desvío de fondos. Esto fue un duro golpe a la cooperación internacional, ya que muchos proyectos sociales ya no pudieron continuar con su misión.

Además de los supuestos opositores de su gobierno, otro de los frentes de conflicto de Trump son los medios de comunicación masiva. Algunas de las acciones que en este sentido ha emprendido son: a) demandarlos judicialmente y b) confrontarlos en el espacio público acusándolos de generar *fake news* en su contra. Algunos de los casos que más resaltan son las críticas a medios como el *Washington Post*, *CNN* y *The New York Times*, entre otros. Para la organización civil internacional Reporteros Sin Fronteras Donald Trump es un «depredador de la libertad de prensa» y en su manera de gobernar existen muchos riesgos y signos de un gobierno autoritario.

El frente político que por mucho ha provocado la mayor conflictividad en contra de Donald Trump hasta el momento son las reacciones a las políticas de intimidación, amenazas y persecución de ICE en contra de migrantes ya avocados en Estados Unidos. Esta política de mano dura se agudizó en los estados gobernados por los demócratas, sobre todo las llamadas «ciudades santuario» que han tratado de evitar la política de deportaciones masivas. Las ciudades que encabezan esta resistencia son: Nueva York, Los Ángeles, San Diego, San Francisco, Chicago, Houston, Dallas, Austin, Seattle, Miami, Phoenix, Detroit, Salt Lake City, Minneapolis, Baltimore, Portland, Denver y todo el estado de Nueva Jersey.

La crisis más violenta se presentó en la ciudad de Minneapolis, en el estado de Minnesota, ya que agentes de ICE asesinaron a Renée Nicole Macklin–Good y Alex Pretti con abuso de fuerza y sin ninguna razón. Estas muertes

desataron manifestaciones multitudinarias en la ciudad en contra de Donald Trump y el ICE, agencia repudiada de forma potente y generalizada entre los habitantes de Minneapolis.

Sin duda que todos estos hechos y frentes abiertos de conflicto nos indican que el gobierno de Estados Unidos vive una crisis política sin precedentes en su historia moderna y que la actuación de Donald Trump encuentra cada vez más resistencias y críticas al interior de su país, lo cual apunta a que los republicanos pierden cada vez más terreno y legitimidad política.

La relación entre México y Estados Unidos

Luego de la invasión a Venezuela, donde las fuerzas armadas estadounidenses detuvieron a Nicolás Maduro, algunos opositores políticos de la llamada Cuarta Transformación expresaron su simpatía por la posibilidad de una intervención militar en México en contra de la presidenta Claudia Sheinbaum. Más allá de que éste es el deseo de algunos que no tiene ningún tipo de sustento político o legal, sobre todo porque hasta ahora la presidenta de México ha sido muy condescendiente con Donald Trump en varios asuntos —sobre todo en materia migratoria y económica—, además de que ha respondido a las presiones del gobierno de Estados Unidos en lo referente a la agenda de seguridad.

Sin embargo, en repetidas ocasiones durante los últimos meses Donald Trump ha señalado que en México los narcotraficantes gobiernan y que algo hará con ello. Lo que no se puede descartar es que, de acuerdo con sus dichos y hechos, la posibilidad de que su gobierno realice operaciones militares en contra de grupos de la delincuencia organizada en México es un escenario latente.

En materia económica, durante 2026 se realizarán las negociaciones para continuar con





Foto: © thenews2.com, Depositphotos

el Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá. Desde hace tiempo el presidente Trump ha señalado que el tratado comercial con México y Canadá no es de gran importancia y que más bien beneficia a estos países y no al suyo. Es claro que éste tratará de generar simpatías en su base social, al buscar un acuerdo comercial notoriamente favorable para los capitales de su país. La política migratoria de Donald Trump ya tuvo impactos en el envío de remesas de Estados Unidos a México. De acuerdo con el Banco de México, fruto de la implementación de estas políticas, luego de una década el envío de remesas decreció en un 4.6%, es decir, pasó de 64 mil 746 millones de dólares en 2024, a 61 mil 791 millones de dólares recibidos en 2025.

Otro efecto de lo que ahora pasa en Estados Unidos, también ligado con la migración, son

las deportaciones de personas que necesitan encontrar hogar y trabajo en México. Durante el primer año del segundo mandato de Donald Trump 151 mil 617 mexicanos fueron regresados a México, lo que significa un promedio de 415 por día. No se compara con las cifras que arrojó su primer periodo presidencial, cuando el promedio fue de 524, sin embargo, frente a una economía estancada como la que tiene nuestro país, se convierte en un reto mayúsculo la incorporación de estas personas a la vida social y económica de México.

El primer mandato de Trump fue convulso y complicado para México y el mundo. En el segundo mandato tenemos a un Donald Trump 2.0 recargado, más inestable, con una actuación sin límites y resquebrajando la institucionalidad estadounidense y global. Habrá que seguir atentos a este gobierno. 🇺🇸



PARA LEER EL CUADERNO

La partida a la casa del Padre del papa Francisco nos conmovió profundamente. Su palabra lúcida y profética parecía dejarnos huérfanos en un tiempo marcado por la oscuridad. Sin embargo, la llegada de León XIV abre un nuevo sendero de esperanza. Las agendas prioritarias de su antecesor no sólo se mantienen, sino que se amplían: el cuidado de la Casa Común, la paz, la Sinodalidad de la Iglesia, el diálogo interreligioso y las mujeres en la Iglesia siguen ocupando un lugar central.

En los cuadernos de este número ponemos sobre la mesa los asuntos más relevantes de este tiempo y aquéllos que aún están en proceso de maduración. Todo ello al estilo del papa agustino: con calma, discernimiento, inteligencia y estrategia. León XIV ha echado a andar el aparato vaticano para dar forma a un modo de conducir la Iglesia en el que la palabra compartida y el diálogo se vuelven caminos para avanzar en medio de la adversidad.

Abrimos los cuadernos con el aporte de Felipe de J. Monroy González, que observa el lugar que ocupa León XIV en la historia reciente del Vaticano. Su análisis profundiza en la noción de *outsider* (el de fuera, el forastero) como una

clave que introduce movimiento y creatividad al servicio de la estructura eclesial.

Seguimos con una actualización sobre el estado del proceso sinodal a partir de una reflexión del doctor Rafael Luciani. En ella se subraya cómo, al configurar la Iglesia desde las iglesias locales, el papa ha comenzado a enfatizar la activación de los organismos de participación de todo el Pueblo de Dios.

El padre José Sánchez Zariñana, S.J., aborda las coincidencias y divergencias entre León XIV y el papa Francisco, analizando cuatro ejes fundamentales del quehacer y la mirada del pontífice agustino en diálogo con su antecesor, enmarcado en la doctrina social de la Iglesia.

Por su parte, Miguel Melo, S.J., vicedirector de la misión internacional de la Red Mundial de Oración del Papa, nos comparte cómo la paz que nace del corazón se manifiesta como comunión eclesial cuando Cristo —y no la Iglesia— ocupa el centro.


Finalmente, Débora Roberta Sánchez Guajardo analiza las acciones que desde la Santa Sede se están impulsando para promover la participación de las mujeres en espacios de liderazgo y lo que sigue aún pendiente. 





Foto: © Cathopic

“ Los esfuerzos por la paz no son ajenos a León XIV, particularmente en medio de las situaciones de guerra que el mundo atestigua en estos momentos de la historia. El papa agustino no sólo los retoma, sino que insiste en ellos y revela esta preocupación de diferentes maneras”.

José Sánchez Zariñana, S.J.



LEÓN XIV, DE *OUTSIDER* A CONSTRUCTOR DE UNIDAD

Felipe de J. Monroy González

La noche previa al inicio del cónclave para la elección del papa 267 de la Iglesia católica el canal de televisión italiano TV2000 (de la Conferencia Episcopal Italiana) enumeraba la lista de los «papabili» que estaban por ingresar en la Capilla Sixtina como cardenales y que, tras el proceso electivo, uno de ellos saldría como máximo pontífice. Los analistas los agruparon en tres bloques: los *progresistas* (que en principio darían continuidad al papado de Francisco), los *conservadores* (que podrían dar marcha atrás a algunas de sus reformas) y los *outsiders*, los cardenales «periféricos», «difíciles de leer» o cuyos discursos no advertían un acento definido. Quien lideraba este grupo era Robert Francis Prevost.

Prevost, elegido papa el 8 de mayo de 2025, efectivamente es un *outsider* en diferentes acepciones. Es un forastero porque nació y creció en Estados Unidos, pero su vocación lo llevó a misionar en el norte de Perú e incluso a tomar la nacionalidad peruana cuando fue nombrado obispo de la Diócesis de Chiclayo en 2013. En él se sintetiza esa compleja tensión entre el norte y el sur

global: entre las capitales industrializadas y cosmopolitas de la potencia norteamericana, y las localidades periféricas y multiculturales de la región sudamericana.

También es un *outsider* porque no es un partisano afiliado o identificado a alguno de los grupos en disputa discursiva dentro de la misma Iglesia católica. Los propios analistas del episcopado italiano no lo ubicaron dentro de esa tensión apreciativa. La diversidad de su experiencia ministerial—desde la misión, la formación, el gobierno o la administración pastoral— en los más dispersos ámbitos del planeta le indicaron un estilo de observación y de trabajo.

Y, finalmente, es un *outsider* en la acepción con la que entró al cónclave «un contendiente del que no se espera el triunfo». Y también en esto hay razón, aunque no política sino trascendental para el presente y el futuro de la Iglesia. Los cardenales no votaron por un tipo de perfil que «venciera» sobre otro perfil de matiz antagónico, sino que tendiera a la unidad, por eso voltearon a ver al cardenal agustino, un hombre que ha sido puente entre realidades geográficas e ideológicas, un religioso misionero con experiencia pastoral y curial en el delicado Dicasterio para los Obispos, un perfil que por todos los costados

Periodista y consultor en comunicación. Director de VCNoticias.



no simboliza «destino» sino «proceso», porque aún hace falta mucho por construir en la Iglesia. Fue el mismo san Agustín de Hipona quien declaró en su famoso sermón de la lucha entre el espíritu y la carne: «No quiero estar siempre venciendo, sino que quiero llegar alguna vez a la paz».

Y justo así, aquella tarde cálida y soleada de mayo, desde el balcón de San Pedro y ante el mundo, el papa Prevoist, quien tomó el nombre de León XIV, compartió el núcleo de su sentimiento: «Sin miedo, unidos, tomados de la mano con Dios y entre nosotros sigamos adelante... Ayúdenos también ustedes, luego ayúdense unos a otros a construir puentes, con el diálogo, con el encuentro, uniéndonos todos para ser un solo pueblo siempre en paz».

El primer desafío: manifestar gestos de identidad

Para propios y extraños, la Iglesia católica fuera del cónclave se mantenía en tirantez tras el intenso y trepidante pontificado de Francisco; por ello, la expectación ante los gestos que asumiría Prevoist en sus primeros pasos como sucesor de San Pedro fue casi angustiante, especialmente para la Curia Romana y el Vaticano.

Incluso antes de la elección los corrillos vaticanos se preguntaban si el flamante pontífice «metería el acelerador» a los cambios en el estilo de vida asumidos por Francisco —habitar en Santa Marta, compartir el comedor, celebrar misa parroquialmente, etcétera— o si volvería a tranquilizar a las estructuras vaticanas con un estilo «más dócil» a las dinámicas tradicionales.

Evidentemente, el primer gran gesto de León XIV fue aceptar la muceta para impar-

tir la bendición desde el balcón papal (una indumentaria que Francisco rechazó), y eso aparentemente mandó una señal clara de mansedumbre a las «formas». Sin embargo, el papa norteamericano también manifestó desde un inicio alguna que otra «extravagancia» más típica de Bergoglio.

Dedicó, por ejemplo, un saludo en español a la pequeña diócesis de Chiclayo (Perú) donde fue obispo durante el *Urbi et orbi*; visitó sin anunciar y sin protocolo el santuario agustino de la Madre del Buen Consejo en Genazzano el fin de semana posterior a su nombramiento; retornó a la residencia y a las oficinas que había ocupado como cardenal prefecto para agradecer y despedirse de sus colaboradores, y no sólo recuperó las visitas a la residencia veraniega de Castel Gandolfo —que Francisco no utilizó— sino que transformó ese espacio en un centro de recurrencia e interés global, pues comenzó a dar declaraciones improvisadas y sencillas a los medios de comunicación apostados a las afueras del palacio, además de que inauguró el proyecto del *Borgo Laudato Si'*, ideado por su predecesor.

León, además, decidió residir y trabajar en el Palacio Apostólico, simplificar la agenda pontificia e involucrarse en gestiones dicasteriales, pues, de cierto modo, continuó gerenciando el Dicasterio de los Obispos durante seis meses mientras nombraba a su sucesor, Filippo Iannone. Todo mientras acompañó el Año Jubilar, amplió y publicó bajo su nombre los avances de la exhortación apostólica *Dilexi te* iniciada por Francisco y sostuvo la agenda internacional que el pontificado anterior le heredó. Los analistas externos aseguraban que León XIV mostraría con más claridad su estilo y su proyecto al finalizar el jubileo, y en cierto modo así lo hizo con la



convocatoria a los cardenales para asumir los consistorios extraordinarios como periódicos, y la construcción de su propia agenda internacional.

Sin embargo, León XIV sí inició su pontificado con gestos sobrios, discretos, pero sumamente simbólicos que claramente evidencian su personalidad —aunque incluso algunos de ellos se han ido suavizando progresivamente—. Al principio, por ejemplo, no consentía las *selfies*, y posteriormente cedió en casos especiales (sobre todo con los jóvenes); en las primeras semanas se optó por crear un ambiente solemne y de grave expectativa en los recintos donde habría de hacerse presente para una audiencia, pero después fue sutilmente relajándose para priorizar encuentros a pie de calle, ya fuera en la Plaza de San Pedro o en el acceso a Castel Gandolfo. Pero, sobre todo, el mayor gesto que León XIV ha mostrado a un mundo acelerado, intoxicado de inmediatez, fugacidad y brevedad ha sido una paciente serenidad y silenciosa prudencia. Ningún tema parece realmente acuciante con él, e invita constantemente a sus colaboradores y al mundo entero a ingresar en el proceso —en el encuentro, el diálogo y la sinodalidad— más que en reclamar los triunfos o los destinos idealizados. Y esto no es un asunto menor: el asumir el tiempo como compañero de tránsito y no como recurso conquistable o rentable es un potente signo de contradicción ante una sociedad en permanente aceleración, una cultura hipertecnificada y un mundo frenéticamente paralizado.

De hecho, durante el Adviento el papa dedicó a la «espera» su ciclo de catequesis y dijo que esperar es conectar, es elegir, es no saber, es tomar partido y es participar: «Hay que esperar en la vida para generar vida» (26 de noviembre), porque «esperar es ver

que este mundo se convierta en el mundo de Dios» (20 de diciembre), pues «algún día seremos todos *uno unum*: una sola cosa en el único Salvador, abrazados por el amor eterno de Dios».

En la esperanza de caminar hacia la unidad tanto en la Iglesia como en el mundo, León XIV parece actualizar el sermón de san Agustín en el que acusó los sentimientos de la «esperanza perversa» o de la «desesperación infiel» y los invitó a enmendarse a través de cierta «espera participante»: «Dios no ha abandonado a ninguno de los dos, ni a quienes esperan malamente ni a quienes desesperan mal. Para quienes desesperan mal, ha dado un puerto de indulgencia; para quienes esperan malamente, ha hecho indeterminado el día de la muerte. No hay nada que decir, sino algo que hacer». Es decir, el principal gesto hacia la unidad en León XIV ha sido habitar cada momento precisamente con esa convicción.

El segundo desafío: para alcanzar la unidad, definir la paz

Como obispo, cardenal y pontífice, Robert Prevost mantuvo en su lema episcopal la frase de san Agustín «in Illo unum uno» —«En aquél que es uno, somos uno»— y ha manifestado que uno de sus primordiales servicios a la Iglesia universal es «caminar hacia la unidad». En el inicio de su ministerio petrotrino dijo:

Vengo a ustedes como un hermano que quiere hacerse siervo de su fe y de su alegría, caminando con ustedes por el camino del amor de Dios, que nos quiere a todos unidos en una única familia. Amor y unidad: éstas son las dos dimensiones de la misión que Jesús confió a Pedro [...] Quisiera que éste fuera nuestro primer gran deseo: una Iglesia unida, signo de uni-





Foto: © m.iacobucci.tiscali.it, Depositphotos

dad y comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado.

Prevost asumió el solio pontificio ante una Iglesia católica sensiblemente distinta a la que recibió Jorge Bergoglio: el gobierno de la Curia Romana tiene una constitución reformada; el colegio de cardenales es mucho más plural y diverso; las responsabilidades de las conferencias episcopales y de las diócesis son mayores y más autónomas en algunos temas delicados; la participación de las mujeres y los

laicos en responsabilidades de gestión eclesial es una constante global, y también ha crecido una voz responsablemente crítica dentro de la misma Iglesia ante malas prácticas, decisiones o ejemplos provenientes de sus liderazgos religiosos o sus estructuras operativas. Es decir, hay una renovada confianza en la diversidad y una riqueza en la participación plural que, sin embargo, precisa una recuperación del sentido de unidad, porque los desafíos para la Iglesia siguen siendo los mismos: la transmisión de la fe, la participación social



de la fe en el espacio público, la defensa de los débiles y necesitados, o el recambio generacional de clérigos y ministros.

El anhelo del pontífice por cooperar a favor de esa unidad trascendente, sin embargo, contrasta con los momentos de tensión, división y conflicto multifactoriales que le exigen definir una de las identidades esenciales de la unidad: la paz. Quizá por ello «paz» ha sido el término más usado por el papa en estos meses. De hecho, las primeras palabras emitidas de su primer saludo *Urbi et orbi* fueron «¡La paz esté con todos ustedes!», y de inmediato comenzó a bosquejar los marcos de este concepto que ha sido un eje paradigmático de su ministerio petrino.

Definir qué es la paz para los cristianos y en especial para las instituciones de la Iglesia católica —desde los representantes diplomáticos del Vaticano hasta los obispos diocesanos— para trabajar a favor de ella, no es una ociosidad; de hecho, en una época en la que los conceptos están tan a merced de las estrategias propagandísticas, la propuesta de que la Iglesia católica asuma una claridad referencial sobre los grandes conceptos civilizatorios ha sido el primer paso de León XIV desde el minuto cero. Más allá de los usos discursivos ideológicos o de las manipulaciones del poder respecto a la idea de «paz» —la «paz armada», la «pacificación desde la fuerza» o la «tregua de la paz»—, el papa Prevost comenzó proponiendo una mirada al respecto: «Ésta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante. Proviene de Dios, Dios que nos ama a todos incondicionalmente».

Y si en algo se ha empeñado el papa León XIV en sus discursos ha sido en clarificar este concepto y, al hacerlo, define no sólo su actitud,

sino que orienta la responsabilidad de las instituciones eclesíásticas en todo el mundo. En la catequesis del primero de octubre de 2025, por ejemplo, el pontífice explicó la relación indisoluble entre anunciar la paz y reconocer las heridas y debilidades que acumula el mundo. Su alocución recoge del relato evangélico el momento después de la Resurrección, cuando Jesús se encuentra con sus discípulos y les da un saludo de paz mientras «reconciliado» y «sin rencor» les muestra sus heridas en las manos y el costado, signos de la Pasión:

El Señor se muestra nudo y desarmado. No exige, no chantajea. Su amor no humilla; es la paz de quien ha sufrido por amor y ahora finalmente puede afirmar que ha valido la pena... Nosotros, en cambio, a menudo ocultamos nuestras heridas por orgullo o por el temor de parecer débiles. Decimos «no importa», «ya ha pasado todo», pero no estamos realmente en paz con las traiciones que nos han herido.

Este perfil sobre la paz les habla directamente a las instituciones y liderazgos católicos que, en medio de un mundo descristianizado, caen en desesperación y pretenden recuperar posiciones de poder y privilegio a través, por ejemplo, de la restauración de símbolos preconciliares, de estilos discursivos condenatorios y flamígeros, o peor, mediante alianzas ignominiosas con opulentos potentados o políticos mesiánicos milenaristas dedicados a falsificar la promesa del Reino bajo sus personales criterios.

Nuevamente, ante la angustia de muchas instancias religiosas por la gradual secularización cultural, por la crisis antropológica, por la falta de vocaciones, por la guerra y la violencia, y por la dilución de aquella idealizada fortaleza devocional e identitaria del «catolicismo del pasado», el papa León XIV






pide serenidad y paciencia, pide no ceder a la desesperanza ni al clima apocalíptico. Parece decirle a la humanidad que habitamos apenas un fragmento del proceso hacia la unidad y que la paz «ya está entre nosotros», pero que necesitamos descubrirla precisamente aquí «entre nosotros», en la persona de Cristo Resucitado; en diálogo permanente (en espíritu de asamblea); caminando juntos (en sinodalidad) y mediante una actitud que «supere las inevitables incomprendiones con paciencia, con humildad, poniéndose en el lugar del otro, evitando los prejuicios y también con una buena dosis de humorismo», como dijo al personal del Vaticano en su primera reunión oficial.

En medio de esta «tercera guerra mundial a pedazos», alimentada básicamente por el orgullo de los liderazgos políticos y el temor de parecer débiles ante la historia, León XIV recuerda a las instancias eclesíásticas que resguardar el significado de la paz implica la autoconciencia de la fragilidad, no del poder. Y su llamado se torna urgente especialmente para las iglesias o las congregaciones que enarbolan su dignidad desde su masividad, su influencia social o por los recursos que proporcionan. Ante los conflictos enquistados en varias regiones del planeta, y ante las actividades bélicas desatadas por intereses hegemónicos o de dominio, el papa instruye a la comunidad católica a no alinearse a propagandas de fuerza, dominio o superioridad, sino a la actitud «desarmada» y «desarman-te». En particular, llama a desarmar las palabras porque «nunca son sólo palabras: son hechos que construyen los ambientes humanos. Pueden conectar o dividir, servir a la verdad o servirse de ella. Debemos desarmar las palabras, para desarmar las mentes y desarmar la Tierra», dijo citando las palabras del papa Francisco.

También, de forma profética en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2026, León XIV ha criticado la idealización de la paz como un «fin» al que es posible llegar mediante la fuerza, el armamentismo o la dominación. En efecto, esta convicción tan acendrada en las potencias bélicas o económicas internacionales sólo abre la posibilidad de que los «medios» para la pacificación sean literalmente inhumanos: «Cuando tratamos la paz como un ideal lejano, terminamos por no considerar escandaloso que se le niegue, e incluso que se haga la guerra para alcanzarla», apuntó. Lo mismo vale para los movimientos religiosos que se montan sobre los misiles y las bombas de las maquinarias del poder, creyendo que así avanzarán en la «conquista espiritual» o hacia el triunfo de la llamada «guerra cultural».

Ante esta paradoja, León XIV ha reiterado y renovado la exhortación de su predecesor para que, en contra de la intuición de los poderosos, el primer paso para construir la paz sea «ponerse del lado de las víctimas, compartiendo su punto de vista». En su discurso a los movimientos populares del 30 de mayo el papa Prevost compartió su convicción de que el camino hacia la paz «requiere corazones y mentes entrenados y formados en la atención al otro y capaces de reconocer el bien común en el contexto actual». El camino hacia la paz, para el pontífice, «pasa por el cuidado de las relaciones de justicia entre todos los seres vivos» y es imposible fuera de la comunidad.

Esta perspectiva asumida por el papa por supuesto es esencial para desarmar los corazones, las miradas, las mentes y denunciar las injusticias de un sistema que mata y se basa en la cultura del descarte, pero sus implicaciones con las instituciones religiosas católicas son también evidentes. 



CLAVES EMERGENTES SOBRE LA SINODALIDAD EN LEÓN XIV

Rafael Luciani

El actual pontificado se perfila como un ejercicio de equilibrio en el que convergen la continuidad del magisterio del papa Francisco, una actualización programática de la recepción del Concilio y el desarrollo de la tradición a la luz de la sinodalidad. Esto ha comenzado a avizorarse mediante una gestión colegiada de la transformación eclesial.

La elección del papa León XIV inaugura una quinta fase en la recepción del Concilio, surgida en el marco de la tercera fase del Sínodo (2025–2028). Se sitúa, así, ante el desafío de conjugar la memoria conciliar con el futuro sinodal de toda la Iglesia.

Entre sus primeras acciones se constata la voluntad de completar la instrumentación de la Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium*, la cual ofrece las prácticas sinodales necesarias para renovar el ejercicio de la co-

legialidad en la gestión eclesial. De aquí deriva el proceso de institucionalización que ha iniciado, el cual rehabilita la figura de la Curia Romana al entenderla como guardiana de la memoria de la Sede Apostólica, cuya razón de ser reside en la evangelización. Bajo esta premisa, más pastoral que administrativa, se percibe una búsqueda de eficiencia y profesionalización en cada estrato eclesial, clarificando roles y competencias, así como determinando nuevos perfiles que actualicen los modelos organizacionales requeridos para esta nueva etapa de la Iglesia.

No es un proceso fácil ni inmediato. Sin embargo, han comenzado a observarse pequeños cambios que apuntan en esa dirección. Un ejemplo de ello es la evolución significativa en la estrategia lingüística adoptada. El Vaticano comienza a trascender su entorno tradicionalmente italo hablante para integrar, de forma creciente, el inglés como idioma estratégico y global, mientras preserva el español como lenguaje identitario cultural con el que el papa se identifica en el plano teológico–pastoral. Esta transición refleja una visión global, intercultural y operativa. También cobra especial relevancia el Derecho Canónico —disciplina en la que el pontífice es doctor—, el cual no es interpretado como un conjunto de normas

Laico venezolano, doctor en Teología. Profesor de Eclesiología, Teología Latinoamericana y Concilio Vaticano II en Universidades de América Latina y América del Norte. Sirve como perito del CELAM. Es miembro del Equipo Teológico Asesor de la Presidencia de la CLAR y perito de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la sinodalidad.



“ La sinodalidad depende de cómo se conciba la articulación eclesiológica entre el «todos» (sinodalidad), «algunos» (colegialidad) y «uno» (primado). Es decir, si se les entiende como tres sujetos separables o como una «totalidad de fieles» (LG 12) en la que se encuentran «algunos» y «uno» interactuando al interior de «todos» de modo orgánico y permanente”.

frías, sino como una herramienta vital para la protección y el orden institucional.

Respecto a la sinodalidad, León XIV la vincula a un ejercicio expandido de la colegialidad episcopal. Se manifiesta así una «colegialidad sinodal» —en términos de Francisco—, en la que el ejercicio de la colegialidad adopta una forma y un estilo sinodales para mediar el vínculo entre el papa y el resto del Pueblo de Dios. En coherencia con este enfoque institucional León XIV ha sustituido instancias como el Consejo de Cardenales (C9) por canales de consulta tradicionales, como los consistorios celebrados en enero y junio de 2026.

Aunque en términos eclesiológicos aún no ha asumido plenamente el punto de partida de la Constitución Apostólica *Episcopalis Communio* —que configura a la Iglesia a partir de las iglesias locales—, el papa ha comenzado a enfatizar la activación de los organismos de participación de todo el Pueblo de Dios. Esto se traduce en un impulso decidido a estructuras como los consejos parroquiales y diocesanos de pastoral, entre otros espacios de responsabilidad diferenciada.

Todavía no podemos ofrecer un cuadro completo de lo que el papa León XIV entiende por

sinodalidad, ni saber si profundizará la *eclesialidad sinodal* que emergió en los últimos años del pontificado de Francisco —particularmente mediante el fortalecimiento o la creación de estructuras análogas a la Conferencia Eclesial de la Amazonía o la primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe—. En gran parte, esto dependerá del modo como se conciba la articulación eclesiológica entre el «todos» (sinodalidad), «algunos» (colegialidad) y «uno» (primado). Es decir, si se les entiende como tres sujetos separables o como una «totalidad de fieles» (LG 12) en la que se encuentran «algunos» y «uno» interactuando al interior de «todos» de modo orgánico y permanente. Sin embargo, al día de hoy, es posible destacar algunos rasgos relevantes que van delineando su horizonte de comprensión. No es un hecho menor que, durante su primer mensaje *Urbi et orbi* (del 8 de mayo de 2025) tras su elección, haya afirmado: «Queremos una Iglesia sinodal, una Iglesia que camina». Además, lo hizo usando el español, lengua de la región donde él vivió por tantos años y donde surgió una eclesialidad sinodal marcada por el principio de pastoralidad.

Sus primeras palabras manifestaron el deseo de continuidad con el proceso eclesial desarrollado antes del inicio de su pontificado,



cuya comprensión más clara se irá definiendo en la medida en que vaya mostrando cómo articula la colegialidad episcopal con la colegialidad sinodal y la eclesialidad sinodal. Esta articulación no puede darse fuera del marco hermenéutico ofrecido por el papa Francisco, cuando afirmó que «el camino de la sinodalidad es lo que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio», representando no una mera reforma procedimental administrativa, sino una dimensión constitutiva que define la identidad misma de la Iglesia y la reconfigura a partir de nuevos modos relacionales entre los fieles y las estructuras en las que hacen vida eclesial. Recordemos que Francisco había dicho el 18 de septiembre de 2021, en su discurso a los fieles de la diócesis de Roma, que «la sinodalidad no es el capítulo de un tratado de eclesiología, y menos aún una moda, un eslogan o el nuevo término a utilizar o manipular en nuestras reuniones. ¡No! La sinodalidad expresa *la naturaleza de la Iglesia, su forma, su estilo, su misión*. Hablamos de Iglesia sinodal, evitando considerarla un título entre otros».

En las palabras antes citadas de Francisco encontramos algunas claves hermenéuticas que aparecen en los primeros discursos del papa León XIV al referirse a una Iglesia sinodal: «Naturaleza de la Iglesia, forma, estilo y misión». De hecho, en el *Discurso de apertura del Consistorio Extraordinario* del 7 de enero de 2026, León XIV sostuvo que:

Como aprendimos durante las dos Asambleas del Sínodo de los Obispos de 2023 y 2024, la dinámica sinodal implica por excelencia la escucha. Cada momento de este tipo es una oportunidad para profundizar en nuestro aprecio compartido por la sinodalidad. El mundo en el que vivimos, y que estamos llamados a amar y servir también en sus contradicciones, exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en

todos los ámbitos de su misión. Precisamente el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio.

Afirmar que «el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio» no sólo marca la continuidad con el proceso eclesial heredado, sino que confronta la pregunta por el *ser* mismo de la Iglesia de cara a su naturaleza *constitutivamente sinodal*. Aunque ésta no es una afirmación nueva a la hora de definir a la Iglesia —como ya ha sido explicado por la Comisión Teológica Internacional—, hoy adquiere una autoridad sin igual al aparecer en el Documento Final de la *XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos*. Este documento fue votado y aprobado por sus miembros, incluyendo al papa Francisco, quien asumió sus conclusiones con carácter de magisterio ordinario del sucesor de Pedro. De este modo se dio inicio a la tercera fase del Sínodo que estamos viviendo y que culminará en 2028.

No podemos pasar por alto este marco eclesial en el cual se han ido pronunciando diversas expresiones de León XIV sobre la sinodalidad, ya que su pontificado se presentó, desde el inicio, en continuidad con el magisterio del papa Francisco. Además, el *Documento Final* también fue votado por León XIV al haber participado como miembro del Sínodo cuando era prefecto del Dicasterio para los Obispos. Esto quedó claro en su *Discurso al Colegio Cardenalicio* el 10 de mayo de 2025. No fue un discurso más, sino el espacio en el que marcó los temas que ha venido desarrollando en esta primera etapa de su pontificado:

Quisiera que renováramos juntos, hoy, nuestra plena adhesión a ese camino, a la vía que desde hace ya decenios la Iglesia universal está recorriendo tras las huellas del Concilio Vaticano II.







El papa Francisco ha recordado y actualizado magistralmente su contenido en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, de la que me gustaría destacar algunas notas fundamentales: el regreso al primado de Cristo en el anuncio (cf. n. 11); la conversión misionera de toda la comunidad cristiana (cf. n. 9); el crecimiento en la colegialidad y en sinodalidad (cf. n. 33); la atención al *sensus fidei* (cf. nn. 119–120), especialmente en sus formas más propias e inclusivas, como la piedad popular (cf. 123); el cuidado amoroso de los débiles y descartados (cf. n. 53); el diálogo valiente y confiado con el mundo contemporáneo en sus diferentes componentes y realidades (cf. n. 84, Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1–2).

Del texto sobresalen dos dimensiones que son constitutivas y constituyentes de la Iglesia y la reconfiguran de modo permanente: *sinodalidad* y *misión*. Así, el papa León XIV recuerda, en la *Carta Apostólica «Una fidelidad que genera futuro»* —publicada el 22 de diciembre de 2025 con motivo del LX aniversario de los decretos conciliares *Optatam Totius* y *Presbyterorum Ordinis*—, que «en los seis decenios transcurridos desde el Concilio (...), la Iglesia ha sido conducida por el Espíritu Santo a desarrollar la doctrina del Concilio sobre su naturaleza comunitaria *según la forma sinodal y misionera*». No resulta extraño, por tanto, que haya seleccionado estos dos temas para su primer Consistorio. Esto aparece nuevamente en sus palabras para la conclusión del Consistorio Extraordinario celebrado del 7 al 8 de enero de 2026, donde explicó la selección de estos dos temas para ser reflexionados con los cardenales: «Los temas que han sido elegidos están profundamente arraigados en el Concilio Vaticano II y en todo el camino que ha brotado del Concilio. Nunca subrayaremos lo suficiente la importancia de continuar con el camino que se abrió con el Concilio. Los aliento a hacerlo».

Durante su *Discurso de toma de posesión de la Cátedra Romana*, en la Basílica de San Juan de Letrán el 25 de mayo de 2025, aparece una clave de lectura para comprender la sinodalidad: la *conversión relacional* comprendida como «capacidad de escucha que permite no sólo socorrer, sino a menudo prever las necesidades y las expectativas» de los fieles (cf. Letrán). La escucha articula una circularidad orgánica «en los fieles, en los pastores y, antes que nadie, en mí mismo» (cf. Letrán). En sus palabras, comienza a emerger —aunque aún de forma incipiente— una figura de Iglesia que debe articular, más explícitamente, la interrelación entre todos (los fieles), algunos (los pastores) y uno (el primado).

Esta dinámica resulta especialmente relevante en los procesos decisionales, en los que la participación de todo el Pueblo de Dios se encuentra con la responsabilidad de los obispos y el ministerio de unidad del papa. Sin embargo, esto no significa, hasta ahora, que esa articulación se comprenda plenamente en el marco de una eclesiología de la *Ecclesia tota* —tal como se expone en el *Documento Final del Sínodo*— en contraposición a una visión universalista propia del segundo milenio y el preconcilio. Persiste la duda de si este modelo —derivado de la secuencia: todos–algunos–uno— es aplicable al conjunto de la Iglesia o si queda restringido únicamente al primer nivel de ejercicio de la sinodalidad, que son las iglesias locales y sus organismos de participación.

Esto explicaría, por una parte, por qué ha valorizado tanto el hecho de que la diócesis de Roma cuente con organismos de participación mediante los cuales «todos los fieles» —y no sólo algunos o uno— elaboren decisiones compartidas para la vida eclesial. Por otra parte, esto explicaría por qué la Iglesia, en esta nueva etapa, parece avanzar mediante un modo de





proceder que privilegia el ejercicio de la colegialidad episcopal con prácticas sinodales. Estas prácticas se convierten en la forma y el estilo que debe mediar en los procesos de elaboración de decisiones (*decision-making*) para todos los bautizados, mientras se mantiene, simultáneamente, la prerrogativa de la jerarquía en las decisiones últimas (*decision-taking*).

Estructuras sinodales

Adicional a la *conversión relacional* —explicada anteriormente—, hay otra clave ofrecida en la *Homilía del Jubileo de los Equipos sinodales y los organismos de participación* el 26 de octubre de 2025. Ésta se vincula con la *implementación de estructuras sinodales* y se refiere, particularmente, a la conformación de equipos sinodales y organismos de participación en las iglesias locales. Éstos no deben verse como meras instancias de trámites burocráticos, sino como espacios donde se hace efectiva la corresponsabilidad de todo el Pueblo de Dios y se construye la comunión. En este sentido, se deben fortalecer los consejos presbiterales, pastorales y económicos en todos los niveles de la diócesis.

Estos organismos son los instrumentos que permiten que la escucha se transforme en acción y que las decisiones sean fruto de un discernimiento compartido, evitando el riesgo de un gobierno aislado y fomentando una cultura en la que el protagonismo recaiga en la comunidad guiada por el Espíritu.

Bajo esta lógica, si en tales estructuras la comunidad es el sujeto y no el individuo, se hace necesario asumir la «dimensión sinodal de la responsabilidad que se nos ha dado hacia los hermanos», lo cual requiere «fomentar, en las formas de gobierno, una fructífera alternancia en las responsabilidades y en los cargos». Por

todo esto, los equipos sinodales y los organismos de participación se consolidan como la «imagen de esa Iglesia que vive en la comunión» (cf. Equipos Sinodales).

El modo de poner en marcha esta visión requiere, en primer lugar, una transformación de las actitudes personales. El papa advierte contra la «actitud del fariseo» (cf. Equipos Sinodales), en la que el personalismo y la pretensión de superioridad «crean división y transforman la comunidad en un lugar crítico y excluyente». En su lugar, pide la humildad del publicano, símbolo de que «todos nos debemos reconocer necesitados de Dios y necesitados los unos de los otros, ejercitándonos en el amor mutuo, en la escucha recíproca y en la alegría de caminar juntos» (cf. Equipos Sinodales).

Por ello, bajo esta disposición personal, en los espacios de discernimiento y comunión «nadie está llamado a mandar, todos lo son a servir; nadie debe imponer las propias ideas, todos deben escucharse recíprocamente; sin excluir a nadie, todos estamos llamados a participar; ninguno posee la verdad toda entera, todos la debemos buscar con humildad, y juntos» (cf. Equipos Sinodales). Cabe citar *Lumen Gentium*: todos estamos unidos por una «recíproca necesidad» (LG 32).

En este sentido, «ser Iglesia sinodal significa reconocer que la verdad no se posee, sino que se busca juntos» (cf. Equipos Sinodales). Así, las tensiones se convierten en dinámicas generativas que deben ser asumidas, y no necesariamente resueltas, pues son el camino hacia la novedad del «nosotros». Como afirma el papa, en una Iglesia sinodal se trata de «afrentar con confianza y con espíritu renovado las tensiones que atraviesan la vida de la Iglesia —entre unidad y diversidad, tradición y



novedad, autoridad y participación—, dejando que el Espíritu las transforme, para que no se conviertan en contraposiciones ideológicas y polarizaciones dañinas. No se trata de resolverlas reduciendo unas a otras, sino dejar que sean fecundadas por el Espíritu, para que se armonicen y orienten hacia un discernimiento común» (cf. Equipos Sinodales).

Desde lo reflexionado hasta ahora, se comprenden mejor las referencias que ha hecho el papa a un «estilo eclesial sinodal». En su discurso en Asís, el 20 de noviembre de 2025, lo define basándose en el ejemplo de san Francisco: «En este lugar, san Francisco y los primeros frailes vivieron plenamente lo que hoy llamaríamos un “estilo sinodal”. Juntos, de hecho, compartieron las diferentes etapas de su camino». Este estilo se traduce en el empeño por realizar un camino compartido en todos los procesos —desde la vida cotidiana y el discernimiento hasta la elaboración y toma de decisiones—, en plena sintonía con las actitudes y modos relacionales que León XIV reclama para los organismos de participación.

Existen cuatro características que el papa León XIV ha venido usando para definir la sinodalidad: «naturaleza de la Iglesia, forma, estilo y misión»; todo ello decanta, de modo práctico, en el hecho de «reunirse y participar todos en asambleas del Pueblo de Dios». En el *Documento Final* del Sínodo se aprecian estos primeros elementos que han comenzado a dar forma a la comprensión y el ejercicio de la sinodalidad en esta primera etapa del pontificado de León XIV, resaltando tanto su dimensión constitutiva y definitoria de lo que es ser Iglesia, como el modo operativo organizacional y estructural en el que se realiza: «En términos simples y sintéticos, podemos decir que la sinodalidad

es un camino de *renovación espiritual y de reforma estructural* para hacer a la Iglesia más participativa y misionera» (Documento Final del Sínodo [DF], 28).

Podemos afirmar que estamos transitando una dimensión práctica y relacional de la sinodalidad. Esta visión se manifiesta en el empeño por «ensanchar el espacio eclesial para que éste sea colegial» (cf. Equipos Sinodales), evitando la tentación de resolver las tensiones «reduciendo unas a otras» (cf. Equipos Sinodales). Por ello, en continuidad con el Sínodo, el papa propone trabajar a partir del «discernimiento común» (cf. Equipos Sinodales) para lograr una «convergencia en proyectos comunes» (cf. Equipos Sinodales). Procediendo de este modo, se garantizaría, según la visión de León XIV, el «dinamismo de comunión que debe inspirar todas las decisiones eclesiales» (CTI, *Sinodalidad* 76).

En definitiva, el desafío radica en consolidar un estilo sinodal que, lejos de minusvalorar las estructuras, las reconfigure sinodalmente. Se trata de armonizar «unidad y diversidad, tradición y novedad, autoridad y participación» (cf. Equipos Sinodales), partiendo de la memoria conciliar y su maduración en la figura de una Iglesia constitutivamente sinodal. De este modo —como sostuvo la *XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos*—, nos encontramos en una etapa de madurez eclesial en la que lo logrado a lo largo del proceso sinodal constituye «un verdadero acto de una ulterior recepción del Concilio, prolongando su inspiración y relanzando su fuerza profética para el mundo de hoy» (DF 5). Es en este marco como «entendemos mejor lo que significa que la sinodalidad sea una dimensión constitutiva de la Iglesia» (DF 28), trazando así el camino de la Iglesia en el tercer milenio. ☒





UN AGUSTINO SUCEDE A UN JESUITA

LEÓN XIV ASUME ENRIQUECIDA Y CREATIVAMENTE A FRANCISCO

José Sánchez Zariñana, S.J.

El 21 de abril de 2025 fallecía el papa Francisco. Su legado es reconocido por muchos como muy significativo, y su impacto internacional —particularmente en los últimos años de su pontificado con sus trascendentales viajes a países como Iraq, Japón, Sri Lanka, Emiratos Árabes Unidos y países del este ortodoxo— dejó una huella que al mismo tiempo abrió caminos para el futuro de la Iglesia católica.

Este artículo pretende en el fondo responder, con las evidencias con las que contamos a menos de un año de la elección de Roberto Prevost como papa León XIV, a la pregunta sobre las continuidades o discontinuidades que podemos vislumbrar en el desempeño del nuevo pontífice.

Un análisis rápido permite descubrir muchas más coincidencias entre Francisco y León XIV que divergencias, más allá de los acentos y estilos personales que empieza a imprimir

Es jesuita desde hace 40 años. Ingeniero mecánico administrador, licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales. Maestro y doctor en Teología con especialidad en Eclesiología. De 2019 a la fecha imparte clases de eclesiología, cristología, escatología y Dios Uno y Trino.

el papa norteamericano. Las coincidencias las podemos encontrar en los siguientes aspectos: 1) Avanzar hacia la unidad de las iglesias; 2) intensificar del diálogo interreligioso; 3) profundizar en el trabajo por la paz; 4) subrayar la trascendencia de la solidaridad con los pobres; 5) ampliar la evangelización; 6) fortalecer los requisitos para el testimonio creíble de la Iglesia; 7) arraigar el estilo sinodal en la Iglesia; 8) continuar con la protección del medio ambiente, y 9) retomar creativamente el Vaticano II. La limitación de extensión de este artículo no nos permite abordar todos estos asuntos con suficiente profundidad. Por ello, escogeremos los cuatro primeros para nuestro acercamiento.

1. Avanzar hacia la unidad de las iglesias

Bartolomé I, actual patriarca ecuménico de Constantinopla, había invitado al papa Francisco para 2025 a conmemorar el 1,700 aniversario de la celebración del Concilio de Nicea. Bergoglio se mostró muy interesado y manifestó su deseo de efectuar este viaje en la audiencia con la delegación de Bartolomé I el 28 de junio de 2025. Sin embargo, sabemos que Francisco no lo pudo realizar por su partida a la casa del Padre. Pero el patriarca ecuménico,





conociendo la trascendencia de esta visita para seguir avanzando en la unidad entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas, reiteró la invitación a León XIV. En su declaración pública, recordó la profunda amistad que guardó con Francisco, la estrecha colaboración que tuvo con él, y subrayó los logros que alcanzaron para activar los esfuerzos para la protección del medio ambiente, el diálogo teológico entre la ortodoxia y el catolicismo, así como la importancia del entendimiento de las Iglesias cristianas en beneficio de la humanidad. Expresó su firme intención de viajar a Roma para la entronización del nuevo pontífice y para invitarlo a celebrar los 1,700 años del Concilio de Nicea.

León XIV respondió positivamente a este llamado, y los pasos que dio en esta dirección fueron muy significativos. No sólo aceptó la invitación, sino que su primer viaje internacional a Turquía y al Líbano tuvo como horizonte esta celebración y la posibilidad de aprovecharla para avanzar en el diálogo ecuménico. Así, escribió la Carta Apostólica *In unitate fidei* (IUF), en la que hace una recuperación histórica del Concilio Ecuménico de Nicea en el contexto del siglo IV y destaca elementos teológicos esenciales de los acuerdos a los que se llegaron, como la importancia de la persona de Jesucristo para que el ser humano recuerde su origen y destino divino, ya que la existencia humana «está inquieta hasta que reposa en Dios» (IUF 7). Si el Credo niceno-constantinopolitano llegó a ser un vínculo de unidad entre Oriente y Occidente (IUF 8), ahora sigue siendo un llamado a la reconciliación para todos los cristianos del mundo (IUF 12) y nos lleva a hacernos, como seres humanos, una pregunta que sigue siendo actual: ¿qué significa Dios para mí y cómo doy testimonio de Él? (IUF 10). Todo ello nos invita también a amarnos unos a los otros, como Dios nos ha amado con todo su ser (IUF 11).

Las intenciones de trabajar por la unidad cristiana que vienen plasmadas en la Carta Apostólica *In unitate fidei* se concretan en muchos eventos anteriores y posteriores a este viaje a Turquía y Líbano en los que ha participado el papa León XIV: en su discurso a delegaciones ecuménicas e interreligiosas el 19 de mayo de 2025; en la visita que le hizo Bartolomé I al día siguiente; en su discurso a los participantes en la peregrinación ecuménica ortodoxa-católica en Estados Unidos el 17 de julio de 2025; en su discurso a miembros de la Iglesia católica en la Catedral del Espíritu Santo en Estambul el 28 de noviembre de 2025. Y así ha sucedido en muchos de los encuentros que ha tenido, tanto en el mundo católico como en las visitas donde promueve el diálogo y la reconciliación entre las Iglesias cristianas.

2. Intensificar el diálogo interreligioso

Conocemos los esfuerzos del papa Francisco por entablar diálogo y entendimiento con las otras religiones. Destacan, entre estos esfuerzos, sus visitas a la sinagoga de Roma el 17 de enero de 2016; el encuentro con el Gran Imán de Al-Alzar, Ahmad Muhammad Al-Tayyib el 23 de mayo de 2016, con quien realizó y firmó el Documento sobre la Fraternidad Humana —que busca contribuir a la paz mundial y a la convivencia común— el 4 de febrero de 2019; el viaje a Tailandia y Japón del 19 al 26 de noviembre de 2019, donde, además de animar a la minoría de cristianos en esos países, procuró mejorar el diálogo interreligioso para promover la paz en el mundo, y el osado viaje a Iraq, donde pretendió reforzar los lazos con los musulmanes chiitas a través del encuentro con el gran ayatola Ali Al-Sistani el 6 de marzo de 2021, y en el que Francisco destacó la importancia de la colaboración entre las comunidades religiosas para que, en un ambien-



te de respeto y diálogo, contribuyeran al bien de Iraq y de la humanidad.

León XIV retomó estos deseos e iniciativas y emprendió desde muy iniciado su pontificado los encuentros interreligiosos. En la preparación de su visita a Turquía y Líbano, en su discurso frente a las delegaciones ecuménicas e interreligiosas, asumió los esfuerzos de Francisco en favor del diálogo interreligioso y destacó, de sus pretensiones, la necesidad de promover la cultura del diálogo como camino, la colaboración común como conducta, y el conocimiento recíproco como método y criterio (como las expresó Francisco en el Documento sobre la Fraternidad Humana por la Paz Mundial y la Convivencia Común).

En ese mismo discurso, León XIV recuperó la importancia del diálogo con judíos y musulmanes, y estimó que cada comunidad ha de aportar lo suyo para el bien de la humanidad y el cuidado de la Casa Común. En su discurso a los miembros de los movimientos populares y asociaciones que dieron vida a «Arena de la paz», el 30 de mayo de 2025, resaltó el testimonio de un israelí y un palestino, que perdieron a sus familiares a manos de Hamás y del ejército israelí —respectivamente—, y que ahora trabajan juntos por la paz entre sus países. Asimismo, en su visita al Líbano, en su discurso a las autoridades civiles del país —que contó con la presencia de importantes personalidades políticas musulmanas, una de ellas representante de los musulmanes sunnitas (el primer ministro) y la otra miembro de la comunidad musulmana chiíta (el presidente de la Cámara de Diputados)— les reafirmó el deseo de los católicos de contribuir a la construcción de la nueva República y a considerar la colaboración común para contribuir al bien del país. Además, propuso que la compasión y la solidaridad —en particular con

“ *La paz trae la experiencia de que Dios está con nosotros, de que nos ama incondicionalmente, de que no fue vano el combate de Jesús.*”

los más pobres— sean consideradas criterios de desarrollo.

León XIV destaca la importancia de fortalecer el diálogo interreligioso y la colaboración común también en el ámbito católico. Como ejemplos, tenemos su insistencia en promover, como Iglesia, la unidad y el amor entre hombres y mujeres en el 60 aniversario de *Nostra Aetate*, el 28 de octubre de 2025, con el desafío de despertar el sentido de humanidad y de lo sagrado y, como dijo Francisco a los jóvenes el 13 de septiembre de 2024, de ayudar a nuestros contemporáneos a caer en la cuenta de que «Dios es Dios de todos».

Recuperamos su discurso a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos presentes en la Plaza de los Mártires en Beirut el 1 de diciembre de 2025, donde recordó al papa Benedicto XVI, quien enfatizó que la vocación universal de la Iglesia exige el diálogo con los miembros de otras religiones y que, en Oriente Medio, este diálogo se funda en los lazos históricos que unen a los cristianos con judíos y musulmanes. León XIV estima que podemos encontrar esperanza y aliento viendo lo que nos une: nuestra humanidad común y nuestra creencia en un Dios que es amor y misericordia.





3. El trabajo por la paz

Los intentos del papa Francisco para contribuir a la paz regional y mundial fueron ingentes. Contribuyó con numerosos discursos y documentos, entre los que destacan *Fratelli tutti*, *Laudato si'*, sus Mensajes para la Jornada Mundial por la Paz y el Documento sobre la Fraternidad Humana por la Paz Mundial y la Convivencia Común. Utilizó además la vía diplomática para acercar a Estados Unidos y Cuba, e intentó mediar en los conflictos entre Rusia y Ucrania. Por otra parte, promovió el diálogo intergeneracional, la educación y el trabajo como caminos para alcanzar una paz duradera. Organizó e impulsó también numerosos encuentros ecuménicos e interreligiosos para contribuir a la reconciliación y al entendimiento a través del diálogo y la colaboración común. Ha sido considerado por muchos un «mediador global por la paz».

Los esfuerzos por la paz no son ajenos a León XIV, particularmente en medio de las situaciones de guerra que el mundo atestigua en estos momentos de la historia. El papa agustino no sólo los retoma, sino que insiste en ellos y revela esta preocupación de diferentes maneras. Reitera a la Iglesia y al mundo la necesidad de contribuir a la paz en diferentes instancias: a obispos nuevos y viejos de países de misión (11 de septiembre de 2025); a los jóvenes en su jubileo (29 de julio de 2025) para que sean signos de esperanza en esta lucha por la paz; a las autoridades civiles de Beirut para que, aprovechando la resiliencia del pueblo libanés, trabajen por la paz a través de la reconciliación (30 de noviembre de 2025); a los obispos y agentes pastorales también de Beirut para que musulmanes y cristianos trabajen en común por medio de la caridad (1 de diciembre de 2025).

Su preocupación por la paz es alimentada por lo que llamaríamos una «pieza espiritual de la paz», y que vemos reflejada en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz el 8 de diciembre de 2025. Con la inspiración de san Agustín, reflexiona sobre la paz no como un sentimiento o un estado irénico de serenidad y estabilidad, sino como la fuerza interna que hemos recibido de Cristo como fruto de haber tenido la experiencia con Él, que supera toda desesperanza y angustia al haber vencido al miedo y a la misma muerte. La paz trae la experiencia de que Dios está con nosotros, de que nos ama incondicionalmente, de que no fue vano el combate de Jesús —ni de los cristianos— contra el mal, y que sigue valiendo la pena la lucha por la implantación del Reino de Dios en este mundo.

4. La preocupación por los pobres

Muy conocida y extendida es la solicitud que tuvo el papa Francisco por los pobres, a quienes ubicó como centro de inspiración de su pontificado. Además de promover una Iglesia pobre y de los pobres, criticó la «cultura del descarte», insistió en acciones eclesiales a favor de los pobres desde una «Iglesia en salida» hacia las periferias existenciales y estableció, entre múltiples iniciativas, la Jornada Mundial de los Pobres, una jornada anual para que la Iglesia no se olvide de los necesitados y escuche su grito y su dolor.

León XIV no es ni mucho menos ajeno a esta preocupación. Como muestra fuerte y profunda de la continuación de esta herencia del papa jesuita, León publica la exhortación apostólica *Dilexi te* (DT). El papa agustino confiesa que esta encíclica estaba siendo preparada por su predecesor en continuidad con *Dilexit nos* (DN), documento en el cual Francisco reflexionó sobre el amor divino y humano del Corazón



de Cristo. En DT, el pontífice argentino preparaba lo que él consideraba que debía ser el cuidado de la Iglesia por y con los pobres, pero su repentino deceso interrumpió este trabajo. León XIV lo retoma y completa «con algunas reflexiones» (DT 3). La riqueza de este documento radica en un largo recorrido histórico de la solidaridad y el compromiso con los pobres por parte de la Iglesia desde su fundación. En este repaso, parte del amor de Dios por los pobres, fuente de la acción de la Iglesia a favor de ellos, y luego desglosa el vínculo inseparable de nuestra fe y los pobres. Menciona a numerosos Padres de la Iglesia (DT 39–51) que tuvieron iniciativas organizadas —como la Basileada— para su atención y cuidado, y que denunciaron estructuras de acumulación de su tiempo; a fundadores e integrantes de la vida monástica (DT 52–58) que no sólo ayudaban a los pobres, sino que vivían cercanos a ellos; a órdenes religiosas (DT 59–62) que atendieron distintas poblaciones marginadas y cuya acción actualizada sigue vigente (trinitarios, mercedarios); a órdenes mendicantes (DT 63–67), cuyos miembros, además de servir a los pobres, se hicieron pobres ellos mismos (franciscanos, dominicos agustinos); a órdenes que ligaron el servicio eclesial con la educación de los pobres (DT 68–72): escolapios, lasallistas, maristas, salesianos, ursulinas; a órdenes de fundación más reciente que atendieron la necesidad de migrantes y de los más pobres entre los pobres (scalabrinianos, hermanas de la caridad, hermanitos de Jesús; DT 73–79). Y también a movimientos populares que no sólo se hacen solidarios con los pobres, sino que luchan por erradicar las causas estructurales de la pobreza (DT 80–81).

Esta recuperación no podía dejar de lado la labor del Magisterio (DT 82–89). Éste, a través de la llamada Doctrina Social de la Iglesia, ha sido fuente de enseñanzas en relación

con los pobres. Esta doctrina comenzó con *Rerum Novarum* (León XIII, 1891) y se fortaleció por documentos pontificios —entre los cuales destacan *Mater et magistra* (Juan XXIII, 1961), *Populorum progressio* (Pablo VI, 1967), *Laborem Exercens* (Juan Pablo II, 1981) y *Caritas in veritate* (Benedicto XVI, 2009)— y documentos de Conferencias Episcopales —sobresale la Conferencia Episcopal Latinoamericana con los documentos de Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007)—. Estos últimos abundan sobre el compromiso de la Iglesia a favor de los pobres, por su liberación integral y por la resolución de las causas de la pobreza (DT 90–98). No es superfluo mencionar que el documento de Aparecida retoma a los pobres como sujetos capaces de crear su propia cultura, hace énfasis en que sean vistos en su bondad propia y en que nos dejemos evangelizar por ellos, dimensión que descubrimos cuando vivimos con y como ellos (DT 101–102).

Esta recuperación histórica y la variedad de riquezas espirituales, apostólicas y humanas que rescata el documento se ven plasmadas en las diferentes exhortaciones que hace León XIV a personas, congregaciones religiosas, autoridades civiles y tradiciones religiosas no cristianas. El papa agustino estima que la atención a los pobres, la búsqueda de la eliminación de la exclusión y la lucha contra la injusticia de una sociedad y de un sistema que descartan a los más pequeños son mediaciones esenciales para construir la paz, unir los esfuerzos de religiones, comunidades diversas y estados para crear un mundo más humano y fraterno, independientemente de su credo, raza, origen, edad, historia o condición social, económica o cultural. Con todo, León anota que este compromiso debe de estar animado por el amor, y no desde ideologías que estén contaminadas de intereses personales. ☒





LAS LÁMPARAS DE LEÓN XIV

CORAZÓN TRANSFORMADO, MUNDO RECONCILIADO

Miguel Melo, S.J.

El deseo de paz y la Iglesia como signo de unidad

Todo primer año de pontificado está marcado por la expectativa: no sólo por lo que el nuevo papa dirá o hará, sino por lo que la Iglesia y el mundo esperan que encarne. La transición entre el pontificado de Francisco y el de León XIV no es únicamente histórica, sino también espiritual. Marca el paso de un liderazgo que dejó una huella profunda en la comprensión de la Iglesia en el mundo a otro que comienza aún envuelto en una fecundidad abierta, por desplegar.

En su primer discurso tras la elección el papa León XIV expresó con sobriedad un anhelo que atraviesa hoy la conciencia de la humanidad: el deseo de paz. No lo formuló como un eslogan político ni como una consigna diplomática, sino como una urgencia que hunde sus raíces en la primera aparición del Resucitado: «La paz esté con ustedes» (Jn 20,19.21).

Jesuita portugués, sacerdote desde 2018. Actualmente vive en Roma, donde colabora como vicedirector en la misión internacional de la Red Mundial de Oración del Papa.

En un mundo marcado por guerras, polarizaciones y profundas fracturas sociales, la paz aparece no como un estado impuesto desde fuera, sino como un don que brota desde dentro y que, precisamente por eso, requiere ser acogido y cultivado.

Este deseo de paz está inseparablemente unido, en el pensamiento de León XIV, a su deseo de que la Iglesia sea signo e instrumento de unidad. No se trata sólo de hablar de paz, sino de encarnarla en las relaciones y formas eclesiales, discerniendo y caminando juntos. En su discurso para la Jornada de la Paz número 59, en enero de 2026, el papa recordó las palabras de san Agustín: «Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella, sed los primeros en poseerla y retenerla» (Sermón 357,3). Aquí se sitúa la importancia decisiva que León XIV concede a la sinodalidad: no primeramente como técnica organizativa o procedimiento gubernativo, sino como forma de discipulado misionero y fermento de comunión en un mundo dividido: «Al celebrar el Jubileo de los equipos sinodales y de los órganos de participación se nos invita a contemplar y a redescubrir el misterio de la Iglesia, que no es una simple institución religiosa ni se identifica con las jerarquías o con sus estructuras».



La sinodalidad, así entendida, no nace de una estrategia eclesial, sino del Evangelio mismo. Jesús promete: «El que cree en mí, de su interior brotarán ríos de agua viva» (Jn 7,38). La paz no es un equilibrio frágil entre fuerzas opuestas, sino una fecundidad interior que desborda hacia el mundo. Donde el corazón es tocado por el Espíritu nace una paz que genera relación, encuentro y comunión. Por eso, en una fórmula breve: para León XIV la paz no se decreta, se irradia.

Esta intuición encuentra un eco profundo en el Concilio Vaticano II, cuando afirma que los desequilibrios del mundo están ligados al desequilibrio que habita en el corazón humano (*Gaudium et Spes*, 10). La fractura del mundo no es sólo estructural o política, sino también interior: donde el corazón está dividido, la sociedad se fragmenta; donde el corazón está reconciliado, se abren caminos de paz.

Desde esta clave se comprende la coherencia del horizonte que se perfila en el pontificado de León XIV: la paz nace en el corazón, se manifiesta como comunión eclesial cuando Cristo está en el centro (no la Iglesia) y se traduce en una misión de reconciliación capaz de transformar la historia. El deseo de paz no es un punto de llegada, sino un punto de partida: una llamada a dejar que el Evangelio siga generando, desde lo más íntimo de la Iglesia, ríos de agua viva para un mundo sediento de unidad. A partir de estos tres ejes —corazón, Cristo-Iglesia y mundo— se estructuran las siguientes partes de este artículo, presentadas como lámparas que iluminan el perfil espiritual y pastoral de León XIV.

1. La centralidad del corazón

La primera lámpara que orienta el pontificado de León XIV es la «centralidad del corazón»

como lugar teológico, espiritual y pastoral. No se trata de una apelación sentimental, sino de una convicción profundamente bíblica: el corazón es el espacio donde se juega la verdad de la fe, la libertad humana y la apertura a Dios.

En la Escritura, el corazón es el centro de la vida, allí donde se piensa, se desea y se decide. Por eso la sabiduría bíblica exhorta: «Guarda tu corazón, porque de él brota toda tu vida» (Prov 4, 23). Al retomar esta categoría fundamental León XIV sitúa la fe en su lugar más humano y decisivo: la interioridad, donde se unifica la persona y se orienta todo el proyecto humano. Junto a esta raíz bíblica se percibe claramente la huella de san Agustín. En efecto, para el obispo de Hipona, el corazón humano no es un espacio cerrado, sino un lugar de deseo y de búsqueda orientado hacia Dios. «Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti» (Confesiones I,1). Esta inquietud no es una carencia que eliminar, sino una energía espiritual que, bien orientada, conduce a la verdad y a la comunión.

En esta misma línea se comprende la importancia que León XIV concede al corazón en su exhortación apostólica *Dilexi te*, en la que el término aparece de un modo muy significativo. En continuidad con *Dilexit nos* de Francisco, el texto subraya que el camino cristiano implica adquirir un corazón semejante al de Cristo, en el que el amor a los pobres es una dimensión constitutiva y no opcional. Dice el pontífice: «La Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, siente como su propia “carne” la vida de los pobres, que son parte privilegiada del pueblo que va en camino. Por esta razón, el amor a los que son pobres —en cualquier modo en que se manifieste dicha pobreza— es la garantía evangélica de una Iglesia fiel al corazón de Dios».





Para León XIV el corazón no es sólo el lugar de la unificación interior, sino también el espacio de apertura a la relación, a la comunidad y a la fe. Redescubierto en su verdad bíblica y agustiniana, deja de ser un refugio privado para convertirse en punto de encuentro con uno mismo, con los otros y con Dios. De un corazón transformado nace la capacidad de acoger al otro sin reducirlo (*capax alterius*) y de recibir la vida y la paz que vienen de Dios (*capax Dei*).

Así comprendido, el corazón se revela como el lugar donde se juega hoy la credibilidad del Evangelio. No hay unidad sin interioridad, ni comunión sin conversión del corazón; no hay amor a Dios y a los pobres que no brote de un corazón configurado con el de Cristo. Por eso, la insistencia de León XIV no es una opción devocional entre otras, sino una orientación decisiva: sólo una Iglesia que cuide el corazón podrá ser signo de comunión y fermento de esperanza en un mundo herido.

2. Cristo como centro de la Iglesia

Una segunda lámpara que ilumina el horizonte del pontificado de León XIV puede describirse como una eclesiología cristocéntrica, centrada no en la autorreferencialidad de la Iglesia, sino en la experiencia originaria de la atracción por Cristo como fuente de toda vida y acción eclesial. No se trata de una clave meramente pastoral o estratégica, sino de una orientación espiritual que configura el modo de comprender la misión, la comunión y la credibilidad del anuncio cristiano en el mundo contemporáneo.

En este punto, León XIV se sitúa con claridad en continuidad con Benedicto XVI y el papa Francisco, quienes insistieron en que la evangelización no acontece por proselitismo, sino

por atracción. Frente a toda forma de propaganda religiosa, la atracción, en cambio, remite a una experiencia que acontece ante Cristo mismo y que, precisamente por ello, descentra a la Iglesia de sí para «remitirla» a su Señor. Como recordaba el papa León recientemente, retomando explícitamente esta herencia en *Dilexi te* número 103.

Esta comprensión tiene consecuencias eclesiológicas decisivas. Libera la acción pastoral de la tentación de pensarse según paradigmas funcionalistas o empresariales, donde el éxito se mide en términos de eficiencia o resultados cuantificables. En la perspectiva de León XIV todos —pastores y fieles— nos situamos ante todo como destinatarios de una atracción que no producimos ni controlamos, sino que recibimos. La misión nace así de una experiencia previa: ser alcanzados por Cristo. En una formulación particularmente lúcida el papa expresa esta inversión del sujeto eclesial de la atracción en términos inequívocos:

En efecto, no es la Iglesia la que atrae, sino Cristo, y si un cristiano o una comunidad eclesial atrae, es porque a través de ese «canal» llega la savia vital de la caridad que brota del Corazón del Salvador. Es significativo que el papa Francisco, que empezó con *Evangelii gaudium* «sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual», haya concluido con *Dilexit nos* «sobre el amor humano y divino del Corazón de Cristo».

Aquí se revela el núcleo cristocéntrico de esta eclesiología: la Iglesia no es la fuente de atracción, sino la transparencia de una atracción que la precede y la excede. Sólo en la medida en que recibe de Cristo la savia de la caridad, su modo de celebrar, creer y vivir puede convertirse en lugares donde esa atracción se hace perceptible. No se trata de diseñar estrategias de seducción religiosa, sino de



Foto: © Personally Catholic, Cathopic

custodiar una forma de vida eclesial configurada con Cristo y con su amor entregado.

Esta atracción no puede reducirse al ámbito privado o estrictamente cultural. Para León XIV, se trata de una fuerza unificadora, capaz de generar comunión y de ofrecer una palabra significativa a un mundo marcado por la fragmentación y la polarización. La credibilidad del anuncio cristiano no brota de un estatuto institucional, sino del testimonio de una unidad recibida como don.

Para ser una Iglesia verdaderamente misionera, es decir, capaz de dar testimonio de la fuerza atractiva de la caridad de Cristo, debemos ante todo poner en práctica su mandamiento, el único que

nos dio después de lavar los pies a sus discípulos: «Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros». Y añade: «En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros» (Jn 13,34–35).

La misión aparece así inseparable de una comunión concreta: aquella que la Iglesia sólo puede testimoniar cuando tiene a Cristo en el centro. El paradigma eclesial que se perfila remite a la escena joánica del Resucitado que, poniéndose en medio de la comunidad, les da la paz (cf. Jn 20,19.26). Una paz que, acogida comunitariamente, se vuelve anuncio por sí misma y posibilidad real de unidad en un mundo fragmentado.



En este sentido, la apertura del corazón a la experiencia de Cristo se revela como condición fundante no sólo de la credibilidad del anuncio eclesial, sino también de su alcance humano y social. Una Iglesia que se sabe atraída y no protagonista puede convertirse en signo humilde y eficaz de una unidad que no fabrica ella misma, sino que recibe como don.

3. Del *cor ad cor loquitur* a la *Civitas Dei*

Para presentar una tercera lámpara que ilumina el pontificado de León XIV podemos dejarnos guiar por dos expresiones que condensan una misma intuición espiritual: *cor ad cor loquitur*, de John Henry Newman, y la imagen agustiniana de la Ciudad de Dios que crece en medio de la ciudad de los hombres. Ambas remiten a una concepción del cristianismo que no nace de un sistema de ideas, sino de una relación viva de corazón a corazón con Cristo, que por su Palabra y por el Espíritu transforma desde dentro nuestra manera de habitar el mundo.

El diálogo de corazón a corazón expresa una fe que acontece en la interioridad, allí donde la verdad no se impone desde fuera ni se transmite como información, sino que se comunica como vida compartida. En esta clave, la experiencia cristiana no se reduce a la adhesión a normas o estructuras, sino que es apertura del corazón a una Presencia que llama, atrae y envía. Lejos de encerrar al creyente en un espacio privado, esta interioridad se convierte en el lugar desde el cual se hace posible una historia distinta.

Aquí adquiere toda su densidad la intuición de san Agustín. Para él la historia humana no se comprende en primer lugar a partir de las estructuras, sino desde la lógica que las genera:

la forma de amar. «Dos amores construyeron dos ciudades» (Ciudad de Dios XIV, 28). Las estructuras injustas nacen de amores desordenados; las estructuras justas requieren corazones convertidos. La Ciudad de Dios no es una utopía paralela, sino una dinámica espiritual que atraviesa la ciudad de los hombres y la orienta desde dentro. Como lo expresó el papa en su discurso a los miembros diplomáticos acreditados ante la Santa Sede el 9 de enero de 2026:

Según la visión de Agustín, las dos ciudades coexisten hasta el fin de los tiempos. Cada una tiene una dimensión externa e interna, ya que deben entenderse no sólo a la luz de la forma externa en que se han construido a lo largo de la historia, sino también a través del prisma de las actitudes internas de cada ser humano hacia las realidades de la vida y los acontecimientos históricos. Desde esta perspectiva, cada uno de nosotros es protagonista y, por lo tanto, responsable de la historia.

Esta visión está muy presente en el pensamiento de León XIV. Por un lado, afirma con claridad que la Ciudad de Dios no puede identificarse con ningún proyecto político, evitando así toda sacralización ideológica o polarización que absolutice algo parcial como «lo mío» o «lo nuestro» (*amor sui*). Pero esta afirmación no conduce a una neutralidad ética ni a una espiritualización evasiva de la fe. Al contrario, el papa insiste en que el Evangelio exige compromisos históricos concretos y una participación responsable en la vida social y política. Por un lado, «la Ciudad de Dios no propone un programa político. En cambio, ofrece valiosas reflexiones sobre cuestiones fundamentales relacionadas con la vida social y política, como la búsqueda de una convivencia más justa y pacífica entre los pueblos». Por otro lado, en el discurso a los participantes



Foto: © Cristian Gutiérrez, LC, Catholic

en la conferencia *Raising Hope* en el décimo aniversario de la encíclica *Laudato si'* el 1 de octubre de 2025, el papa dijo:

Todos los miembros de la sociedad, a través de organizaciones no gubernamentales y grupos de incidencia, deben ejercer presión sobre los gobiernos para que elaboren y apliquen normativas, procedimientos y mecanismos de control más rigurosos. Los ciudadanos necesitan asumir un papel activo en la toma de decisiones políticas a nivel nacional, regional y local.

Se perfila así una síntesis fecunda entre espiritualidad y compromiso: la conciencia de que la Ciudad de Dios es más amplia que cualquier programa político. El corazón humano aparece entonces como agente silencioso de transformación: allí donde se deja atraer por el amor a Dios y al prójimo la paz puede fermentar en el mundo no como ideología, sino como actitud, discernimiento y estilo de vida.

En este sentido, León XIV se sitúa con coherencia en la gran tradición agustiniana: no hay Confesiones sin Ciudad de Dios y a la inversa; es decir: no hay espiritualidad y amor sin justicia y responsabilidad; no hay espiritualidad auténtica sin implicaciones sociales. El diálogo de corazón a corazón no aparta de la historia, sino que la humaniza desde dentro, y la Ciudad de Dios, lejos de eclipsar la ciudad de los hombres, la atraviesa como promesa y como llamada, confiando al corazón convertido la tarea humilde pero decisiva de hacer posible una convivencia más justa, fraterna y pacífica.

Un corazón nuevo, una historia posible

En el horizonte que se abre con León XIV la paz no aparece como un ideal abstracto ni como un programa a imponer, sino como vida que brota de un corazón transformado. Cuando el Evangelio vuelve a habitar el centro, la Iglesia puede ser signo humilde de unidad y fermento de reconciliación. Quizá ésta sea la luz más discreta y más decisiva de su pontificado: recordar que un mundo herido sólo puede ser sanado desde dentro. Como recordaba, al empezar su pontificado el 12 de mayo de 2025, a los representantes de los medios de comunicación: «Vivamos bien, y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros» (Cf San Agustín, Sermón 80,8).





LAS EXPECTATIVAS DE LAS MUJERES EN LEÓN XIV

Débora Roberta Sánchez Guajardo

La elección de León XIV el 8 de mayo de 2025 llegó con especulaciones sobre si seguiría o no el camino que había trazado el papa Francisco. En esos días la Iglesia vivía en un clima de expectativa tras la publicación, en octubre de 2024, del *Documento Final del Sínodo para la Sinodalidad*. Uno de los temas que despertó mayor esperanza fue la participación de la mujer dentro de la Iglesia y la ilusión sobre si podría o no ser diaconisa y recibir el sacerdocio.

En el documento *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión* el papa Francisco dedicó el número 60 específicamente a las mujeres. En él reconoció que siguen enfrentando obstáculos en diversas áreas de la vida de la Iglesia y en el pleno desarrollo de sus carismas y su vocación, a pesar de que constituyen la mayoría de los fieles y son las primeras en evangelizar. Participan en escuelas, hospitales y parroquias, dirigen centros de acogida, lideran iniciativas en favor de la reconciliación y la promoción de la dignidad

Es maestra y doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, profesora a nivel licenciatura y posgrado en la Ibero y la Anáhuac-Norte.

y la justicia humana. También contribuyen a la investigación teológica y están presentes en puestos de responsabilidad en instituciones vinculadas a la Iglesia y la Curia Diocesana y Romana. En este texto se hace un llamado a que las mujeres sean reconocidas dentro de todos los ámbitos en los que siguen siendo excluidas; sin embargo, queda pendiente el tema sobre su acceso al ministerio diaconal, al afirmar que «sigue abierta la cuestión y se debe seguir con el discernimiento», pero sin retomar la posibilidad de recibir el sacerdocio.

Estas conclusiones dejaron sentimientos encontrados, si no es que desilusión, ya que el diaconado y el sacerdocio de las mujeres eran dos de los puntos sobre los que más se esperaba una respuesta: el primero quedó inconcluso y el segundo ni siquiera fue mencionado.

En este contexto, los ojos del mundo estaban puestos en el nuevo papa y las apuestas sobre su camino no paraban. Había hasta cierta ansiedad de si, en el caso de las mujeres, continuaría con la línea de Francisco. Se publicaron antecedentes sobre su pronunciamiento en un intento por anticipar cuál sería la postura que asumiría. Por exponer un ejemplo, el reconocido periódico británico *The Guardian* rescató una declaración de Robert Prevost en



octubre de 2023 en la que decía que «clericarizar» a la mujer no resolvería los problemas de la Iglesia, sino que, al contrario, podría crear más. Reconoció que la tradición apostólica era algo que estaba muy claro, específicamente en lo referente al sacerdocio de la mujer, pero señaló que ellas aportaban y podrían aportar aún más a la Iglesia en diferentes niveles.

La mayor esperanza puesta sobre sus hombros era el tema que quedó inconcluso en el Sínodo para la Sinodalidad: el ministerio del diaconado para las mujeres. Durante las votaciones de la asamblea correspondiente hubo 258 votos que se pronunciaron a favor, mientras que sólo 97 fueron en contra. Recordemos que, de los 258 participantes de la cumbre mundial, 53 fueron mujeres con derecho a voto, algo que jamás había pasado en la historia de la Iglesia. La importancia de este paso radica en que reconocería a las mujeres un papel con funciones litúrgicas, pastorales y caritativas; además, podría interpretarse como un avance que en el futuro abriera la posibilidad de autorizar la ordenación sacerdotal.

Para septiembre de 2025, cuatro meses después de su nombramiento, León XIV dejó muy claro que «de momento» no había posibilidad para la ordenación de diaconisas. Afirmó que el papel de la mujer dentro de la Iglesia se tenía que seguir desarrollando, pero no en esa dirección. Él seguiría los pasos de Francisco en incluir a más mujeres en designaciones con roles de liderazgo en diferentes niveles de la Iglesia, reconociendo la riqueza de sus aportaciones y dones. Cuando fue cuestionado sobre la posibilidad de la ordenación de las mujeres admitió que era un tema muy polémico, pero que no tenía por lo pronto intenciones de cambiar la enseñanza de la Iglesia al

respecto. Desde su perspectiva, hay preguntas previas que deben hacerse y resolverse, pero que seguirá escuchando a las instituciones que examinan el trasfondo teológico e histórico de algunas de esas preguntas.

La negativa del nuevo papa no es lo único que siguió la línea de Francisco: así lo hizo también con el nombramiento de religiosas en puestos importantes dentro de la Curia. Delante del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede mencionó en su discurso el hecho histórico de que más de la mitad de los funcionarios del Secretariado de Estado eran laicos y más del 50% mujeres. Además, confirmó a la hermana Raffaella Petrini como presidenta de Estado, convirtiéndola en la mujer con mayor rango administrativo al ostentar el cargo de secretaria general del *Governatorato* del Estado de la Ciudad del Vaticano. Aprovechó también el momento para ratificar a sor Simona Brambilla al frente del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada.

Cuando el papa Francisco nombró a Raffaella Petrini como presidenta del Estado de la Ciudad del Vaticano creó un conflicto técnico y legal porque, según lo estipulado por la ley, el cargo debía ser ocupado por un cardenal. Este requisito evitó que Petrini pudiera presentar el informe del estado económico del Estado en una congregación general de cardenales a puerta cerrada. Simplemente no fue invitada porque nadie que no fuera cardenal podía participar en esa reunión. León XIV enmendó la Ley Fundamental del Estado de la Ciudad del Vaticano para permitir que una figura que no fuera cardenal presidiera la Gobernatura del Vaticano. Además de este cambio, comentó que la gobernanza del territorio es de servicio y responsabilidad y que debe invocar a la comunión dentro de la jerarquía de la Iglesia. El que sea compartida contribuye a dar respues-





Foto: © Cathopic

ta a las necesidades del Estado que cada vez son más urgentes y complejas.

Otra acción que tomó en esta dirección fue incorporar en el listado de consultores del Dicasterio para el Clero a dos religiosas: Martha Elizabeth Driscoll (Instituto de las Cistercienses de la Estricta Observancia) y Luliana Sarosi (Congregación de la Madre de Dios, conocidas como hospitalarias). Este organismo es muy importante para la Iglesia porque es el que se encarga de coordinar a todos los sacerdotes del mundo, velar por su formación y por la vivencia de su ministerio. Nombró

también a Tiziana Merletti (Hermanas Franciscanas de los Pobres) como secretaria del Dicasterio de Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica. Con estas designaciones cumplía con lo dicho de seguir incluyendo a mujeres en puestos de alta importancia para la Iglesia.

Éstas son acciones que se toman desde la Santa Sede para promover la participación de la mujer en puestos de liderazgo, reconociendo su valor en la toma de decisiones eclesiales. No obstante, León XIV señala una situación de alcance global que resulta clave para el papel de la mujer, no sólo dentro de la Iglesia, sino también en la sociedad: no todos los países cristianos tienen la misma cultura. No se puede comparar Europa y Estados Unidos, donde la mujer ha ganado mayor equidad y derechos, con otras partes del mundo que manifiestan un rezago importante. Por ello, considera que no puede darse por sentado que el nombramiento de una mujer, aquí o allá, sea automáticamente respetado, pues existen profundas diferencias culturales que generan resistencias. De ahí la necesidad de hablar sobre cómo la Iglesia puede ser una fuerza de conversión, de una transformación que vaya de la mano de los valores del Evangelio. El papa subraya que con frecuencia la forma en que vivimos la fe está más determinada por nuestra cultura que por el Evangelio. Ante esta realidad, León XIV invita a asumir la situación como una oportunidad para ser fuente de inspiración y para que naciones, comunidades y culturas reflexionen sobre las diferencias en general, más allá de la distinción entre hombres y mujeres.

En otro aspecto, a pesar de que Francisco nunca estuvo a favor del aborto, en 2016 autorizó que los sacerdotes perdonaran a una mujer que hubiese interrumpido su embarazo. Para



él, tanto el aborto como la eutanasia eran evidencia de la cultura del descarte. Cuando fue electo León XIV se rescataron algunas afirmaciones que había hecho años antes respecto al tema, en las cuales decía que la misericordia de Dios nos llama a proteger a toda la vida, especialmente la de aquéllos que la sociedad pasa por alto, como los niños sin nacer y las personas de la tercera edad al final de su camino. Dijo que no se podía construir una sociedad justa si se descartaba a los débiles.

Como pontífice no se pronunció al respecto de este tema sino hasta septiembre de 2025 con la controversia surgida en Chicago. El arzobispo de esa ciudad, Blase Cupich, tenía la intención de honrar la trayectoria del senador Richard Durbin en materia de migración, pero obispos de Estados Unidos se opusieron debido a que el político había votado a favor del aborto. Al intervenir en el debate, León XIV cuestionó una comprensión parcial de ser «provida», al señalar que para algunos resulta aceptable declararse en contra del aborto, pero tolerar al mismo tiempo el trato indigno hacia los migrantes. Recordó que, siguiendo el Evangelio, el extranjero debe ser acogido con trato humano. Aprovechó también la ocasión para recordar lo que enseña la doctrina social de la Iglesia sobre el derecho a la vida, que no sólo prohíbe el aborto, sino que considera igualmente inadmisibles, en cualquier circunstancia, la pena de muerte. Tras semanas de debate y polémica entre obispos y grupos católicos Durbin terminó por rechazar el reconocimiento.

Durante la misa de Pentecostés de 2025 León XIV se refirió a los crímenes de odio contra las mujeres, en un contexto marcado por el feminicidio de varias mujeres en Italia que había conmocionado al país. El papa hizo un llamado al amor que hace madurar los frutos neces-

sarios para construir relaciones auténticas y sanas, en contraste con la cultura del dominio y la instrumentalización de la mujer presente en muchos vínculos afectivos. Para León XIV no debe haber entre nosotros fronteras ni divisiones; es mejor aprender a dialogar y a acogernos mutuamente, integrando nuestras diferencias. Este mensaje fue pronunciado en memoria de las tres mujeres asesinadas por sus parejas en un lapso de 48 horas, en un país que registra cerca de 150 feminicidios al año. La gravedad de esta violencia se inscribe en un contexto más amplio: Honduras —en proporción a su población— figura como el país más violento para las mujeres, con una tasa aproximada de entre 4.6 y 7.2 casos de feminicidio por cada 100 mil mujeres, según informes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe y de la Organización de las Naciones Unidas Mujeres.

Al momento de concluir este texto León XIV cumplía ocho meses en el papado. Lo dicho y hecho en torno al tema de la mujer y su participación en la Iglesia constituye, en mayor o menor medida, el balance presentado en este documento. Dado el énfasis y la relevancia que la Iglesia otorgó a la gira del papa por Medio Oriente (Turquía y Líbano) a finales de 2025, todo parece indicar que su pontificado buscará centrarse en la unidad cristiana, el diálogo interreligioso y la paz. Un símbolo claro de ello fue el rezo del credo niceno-constantinopolitano junto al patriarca ecuménico Bartolomé, con motivo de los 1,700 años del Concilio de Nicea. Pero esto no es más que otra mera especulación sobre lo que definirá el pontificado de León XIV y sus posibles implicaciones frente a los cambios demandados y esperados dentro de la estructura y la jerarquía de la Iglesia, como ocurre, al menos, con el tema del diaconado de las mujeres. ☒





LA CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR EN SAN AGUSTÍN

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J.

Al referirnos a la *Contemplación para alcanzar amor*, con la que Ignacio da cierre a sus Ejercicios Espirituales, es común pensar en personajes como Francisco de Asís (por la importancia que Ignacio da al mundo natural en la contemplación) o en Bernardo de Claraval (un místico del siglo XII que habla del amor como una elevación del alma hacia Dios), pero tal vez olvidamos una fuente común de todos estos maestros de la espiritualidad cristiana: Agustín de Hipona, san Agustín.

Más allá de la importancia del itinerario espiritual que Agustín relata en las *Confesiones* —y que puede leerse como trasfondo en los Ejercicios—, así como de la división de las facultades del alma que Ignacio retoma en su propia consideración del ser humano, fruto del riguroso estudio durante su formación y que luego recomienda en la cuarta parte de las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, existe una sección de las *Confesiones* agustinianas que parece inspirar de una manera muy directa el modo en que Ignacio construye la *Contemplación para alcanzar amor*. Ésa es

la hipótesis que pretendo desarrollar en los párrafos que siguen, invitándote, querido lector o lectora, a un diálogo que considero puede fortalecer nuestro itinerario espiritual de la mano de estos dos maestros de espiritualidad.

Se trata del capítulo sexto del libro décimo de las *Confesiones*, en el que, a punto de concluir su itinerario personal de conversión, Agustín se presenta a sí mismo con una doble certeza que confiesa a su Dios: «Yo, Señor, sé con certeza que te amo, y no tengo duda de ello», y da cuenta de la palabra que ha herido su corazón y que ha generado, *ipso facto*, el amor que ha brotado naturalmente de él. Pero también tiene la certeza de estar bajo el cielo y en la tierra, acompañado de muchas criaturas que por todas partes llenan sus sentidos. Sabe también, sin dudarlo, que todas ellas le piden el mismo amor al Señor que su certeza interior. Sin embargo, es consciente de que debe dar a su lector —o a su propio corazón, que se lee en sus palabras— alguna razón de esta segunda certeza, dado el itinerario en el que relata que las criaturas se habían convertido en un obstáculo, al detener su mirada, su gozo y su deseo en ellas, desviándolo del amor perfecto que lo había alcanzado y que ahora quiere mostrar que ha alcanzado. Para Agustín, Dios ciertamente nos alcanza en lo más íntimo del corazón, y su Palabra transforma desde el in-

Integrante de la Compañía de Jesús, profesor del ITESO y director de la revista *CHRISTUS*.



terior todo lo que podemos sentir, comprender y desear; pero esa transformación provoca, a su vez, un itinerario mediante el que nosotros aprendemos una manera de amar, de dirigir toda nuestra historia, nuestros sentidos y nuestra facultad al puro y completo amor de Dios. Un itinerario que es una contemplación activa para alcanzar amor.

El reconocimiento de su itinerario recorrido —desde el extravío de sus pecados hasta el momento en que confiesa la certeza de su amor— Agustín lo hace presente con una pregunta que bien podría formularse quien termina los Ejercicios Espirituales de Ignacio: ¿qué es lo que amo cuando te amo?, ¿qué amamos cuando amamos a Dios? La hondura del amor que lo mueve desde dentro lo lleva a confesar que ya no puede detenerse en ninguna «hermosura corpórea», «bondad transitoria», «luz material y agradable a estos ojos», «suaves melodías», «gustosa fragancia» o «dulzura». Todas las cosas que antes habían llenado sus sentidos —el tacto incluido, al que trata de modo particular en esta enumeración— dejan de ser para él un deleite en el que detenerse y se transforman más bien en noticia, indicación y señal: hay más camino que seguir, pero no separándose de los sentidos, sino profundizándolos, llevándolos a dar más de lo que inicialmente ofrecen. Así, los sentidos ya no cumplen sólo la función de detener, sino de atisbar, anunciar y rastrear para lanzar a la persona a la experiencia de «una cierta luz», «una cierta armonía», «una cierta fragancia», «un cierto manjar», «un cierto deleite» que, sin ser uno de estos primeros deleites, los conduce a la amplitud y profundidad de la eternidad.

Algo parecido podemos encontrar en Ignacio de Loyola, que también se pregunta en qué consiste el amor que ha experimentado en el camino de Ejercicios el ejercitante que acaba de terminar. Las dos anotaciones no son



Foto: © Carlos Daniel, Cathopic

información fría sobre el amor, sino la condensación de la experiencia vivida: el amor es comunicación e Ignacio puede decirlo porque, como Agustín, también siente que una palabra le ha herido, le ha tocado y ha movido profundamente su corazón, iniciando en él una dinámica que se expresa comunicativamente, un dar y darse en el que el amante ofrece al amado lo que tiene y puede, y viceversa.

Es la primera certeza que Agustín nos decía: hemos sido tocados por la Palabra, el Señor se ha comunicado al corazón, y ha sido tan rica y profunda su comunicación que no queda más que dejar que todo lo nuestro se convierta también en don perfecto, completo y absoluto, de lo que tenemos y podemos, pero vivido de nuestra manera. Y es que estamos en el tiempo, en los sentidos y en las criaturas que los despiertan, de modo que nuestra forma de amar implica historia, recorrido y reconocer lo recibido para abrir nuestros sentidos y descubrir delante de nosotros, y también dentro de nosotros, la riqueza de las criaturas que nos acompañan, que van haciendo con



nosotros mundo, creación —en una sinfonía de muy diversas y múltiples melodías, delicias, luces y fragancias— y tienen presente el homenaje al Creador.

Así, Ignacio pide dar cuenta, en primer lugar, de la herida en el corazón, que Agustín condensa aquí en una expresión fulminante —«al punto te amé»—, pero que, leída a la luz de la confesión completa, remite a todos los capítulos previos en los que va recogiendo las bondades que el Creador dejó en su vida, contemplada punto por punto. Son bienes de creación, de liberación y bienes particulares, como los llama Ignacio, de los que san Agustín da testimonio desde su más tierna infancia. «Al punto te amé», sí, pero ese punto, tanto en Agustín como en el ejercitante que recorre el camino de Loyola, resulta ser toda una vida que, de pronto, se descubre contenida en una sola entrega, tan total y tan plena que parece darse de una sola vez. Se recorre la historia entera, pero para entregarla toda: «toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad», en un solo «tomad, Señor, y recibid» (EE 234), como si la gracia de Dios hiciera posible concentrar en un único instante todas las complejidades de la historia ya vida y aun aquéllas que habrán de afrontarse.

Es tan profundo y tan completo ese momento de entrega que Benedicto XVI decía que no podía pronunciarlo sin temblar; no por miedo, me parece, sino por la imposibilidad de decir «todo» cuando siempre estamos a medias, siempre recomenzando, siempre probándonos de nuevo, siempre por terminar. No hay manera de decir esta oración sin experimentar que es algo que no se alcanza del todo, y que precisamente por eso nos devuelve al camino, a la vida, al riesgo que ella conlleva. No queda entonces sino confiarse a la gracia de quien nos invita a esa entrega —«dame tu amor y tu gracia, que sólo eso me basta» (EE 234)— y pedirle que así sea.

Así, la certeza de Ignacio en el «tomad», así como la de Agustín en su confesión, nos lanzan al camino, a las criaturas y a los sentidos, buscando en ese impulso la gracia necesaria para que no se pierda la intensidad de la entrega. Y es que no podría mantenerse tal intensidad por nuestras propias fuerzas, que apenas alcanzan para aquello a lo que llegan nuestras facultades, siempre sensibles, y nuestro cuerpo. No hay criatura alguna que nos asegure esa fidelidad: todas se vuelven indicación, señal y testimonio que nos ponen en ruta, en el camino de alcanzar lo que la gracia nos promete que podemos dar. Se trata de llegar a un amor que transforme en amor todas nuestras relaciones con las criaturas, todos nuestros recorridos con ellas, todos nuestros gozos, interacciones, deseos e intentos, incluso los errores de los que aprendemos. Como en las *Confesiones*, tras la certeza viene la pregunta por el amor que podemos dar, aquél al que somos invitados a llegar por los caminos sensoriales, corpóreos y terrenales de las criaturas bajo el cielo y sobre la tierra, que son los que recorreremos y, en lo que a nosotros nos toca, hemos todavía de caminar.

Lo que sigue, entonces, es un diálogo con las criaturas «que por todas partes rodean mis sentidos». Ahora ellas— sin malicia y sin error al conocerlas, como los que Agustín denuncia en la filosofía de Anaxímenes— confiesan lo que son, cada una a su modo, diciendo que no son la delicia infinita, el gozo último, la hermosura plena ni el destino final de nuestros deseos, que son guía de nuestro amor. En Agustín la respuesta es negativa en un primer momento — «No somos nosotros ese Dios que buscas»—, para así dar paso a lo que verdaderamente son: criaturas, su hechura y, por tanto, señales de su Creador.

Este diálogo, que Agustín representa con preguntas, y que parecería alejarnos del modo en que Ignacio propone su contemplación, es



aclarado más adelante por el santo de Hipona como una mirada contemplativa y sosegada, no ambiciosa ni voraz, sobre las criaturas. Lo que ellas responden, como en la contemplación de Ignacio, es su muy diversa hermosura: la manera de cada una, su orden, su ser siempre distinto de las demás y, al mismo tiempo, su pertenencia a una muy compleja unidad que nosotros no podemos regir ni dominar en su totalidad. Es en esa hermosura donde Dios se muestra creando, y crear es, como dice Ignacio, su forma de habitar: «En los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando» (EE 235). De ahí la mirada se vuelve hacia nosotros mismos y hacia las demás personas, y nos descubrimos en una habitación todavía más plena, donde el «hombre interior» recibe de las criaturas el sentido mayor de su búsqueda: una invitación a disfrutarlas, pero también a trascenderlas, sin pretender detenerse en ellas. Esta interioridad se armoniza con el «exterior», que en su «ministerio» nos permite conocerlas y recibir la verdad de ser todas creadas, «hechura» del Creador. Aquí el Creador habita dándose a conocer y conduciendo a los seres humanos a ejecutar su entendimiento, su «mirar», para que «por el conocimiento de estas criaturas visibles pueden subir a conocer las perfecciones invisibles de Dios». Es, finalmente, la *Contemplación para alcanzar amor*.

Esa perfección invisible Ignacio la comprende como trabajo. Si ya en la contemplación de la Encarnación habla del «designio eterno» de la Trinidad al «obrar la santísima encarnación» (EE 102, 108), aquí todo se concreta en este trabajar del Dios trino que trabaja para dar lugar, modo y ser a toda la creación. Y en ese mismo trabajar, Él mismo nos va haciendo templo— «haciendo templo de mí»— para que todas nuestras facultades del alma, entendimiento, memoria y voluntad se hagan a «similitud e imagen de su divina majestad» (EE 235).

La encarnación culmina en nuestra propia humanidad transformada, «trascendida», diría Agustín (X, Cap. 8), de su energía natural hasta ser llevada en ascenso para alcanzar, «gradualmente», a su Creador. En el libro décimo san Agustín expone el camino de esa ascensión en cada una de las facultades, las mismas que Ignacio ha entregado en la oración y que ahora confía al ejercitante y a su personal reflexión. «Reflictiendo» en sí mismo, el que se ejercita puede hacer el mismo camino que Agustín ensayó en sus *Confesiones*, descubriendo cómo ese «tomad» de la memoria, el entendimiento, la voluntad y la libertad se ha ido cumpliendo plenamente en su propia vida, con sus dificultades y extravíos, según las vicisitudes de su historia.

Agustín e Ignacio encontrarán al final que toda nuestra vida es un ascenso al Creador, pero que no hacemos solos ni por propia fuerza. Antes de ascender hemos sido alcanzados por el Hijo que, uniéndose a nosotros, nos unió con Él para sostenernos en nuestra debilidad y alejarnos de toda posibilidad de desesperación, y mostrarnos que es en su fuerza donde somos levantados. Así se completa nuestra ascensión y descubrimos que, si alcanzamos el amor, es porque el amor, en Jesús, primero nos alcanzó. «Mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba» (Ignacio, EE 237) y dejar que se refleje en mí —«Tú conoces mi ignorancia y mi debilidad: enséñame y sáname»— (Agustín, Libro X, Cap. XLIII) tanta generosidad y amor. ☒

Para saber más:

Todas las citas de san Agustín están tomadas del libro X de las *Confesiones*, capítulo 6, a menos que se indique otra cosa en el texto.





HERMANOS SABIÉNDOSE HERMANOS

UNA INVITACIÓN AL ECUMENISMO DE SANGRE

Elías González Gómez

Los vientos del ecumenismo soplan con fuerza desde las salas del Vaticano II. A meses del inicio de su pontificado, León XIV ha mostrado continuidad con sus predecesores respecto del interés y la importancia del ecumenismo. Roberto Carlos Ábrego forma parte de la Iglesia anglicana en la diócesis de Europa, en Alemania, pero ha experimentado en carne propia el ecumenismo al provenir de una familia con raíces en distintas iglesias y al haberse formado en la Compañía de Jesús.

Elías González Gómez (EGG): ¿Cuál ha sido tu recorrido espiritual y tu experiencia dentro del ecumenismo, particularmente en la Iglesia católica y la anglicana?

Roberto Carlos Ábrego (RCA): No hay ecumenismo sin convivencia. Es probable que la experiencia de unos pueda ser diferente a la de otros en el camino ecuménico. Algunos estiman más las diferencias, otros tienen el interés de vivir ambas espiritualidades. Mi camino ha sido más la experiencia «puente»

Filósofo y escritor. Su campo de interés es el diálogo interreligioso y la relación entre la mística y las luchas sociales. Coordina la Cátedra Jorge Manzano, S.J., y colabora en el Centro Universitario Ignaciano del ITESO.

que hallándome en la órbita de la universalidad de la Iglesia, lo cual me ayuda a ser canal de comunicación, experiencia y diálogo permanente. Desde el seno familiar he vivido esta particularidad: por el lado paterno, con una familia profundamente católica romana (con sacerdotes en la familia, un núcleo cercano asiduo a grupos de iglesia, práctica de los sacramentos, etc.), y un lado materno que se ha inclinado hacia la corriente evangélica y a corrientes contemporáneas como la metafísica (en el sentido más popular del término) o la creencia vaga de «algo que nos sostiene».

Mi formación es como matemático, por lo que el encuentro con el «ateísmo» o «gnosticismo científico» también me formó. De la creencia de que estamos en este mundo por azar (sostenida por muchos científicos) me vino el deseo de la búsqueda de Dios. Gracias a la Compañía de Jesús me encontré con Él, con Jesús. Tras varios años y muchas experiencias trabajando con «los descartados del mundo» dejé la Orden y conocí la Iglesia anglicana. He continuado formándome en ella, actualmente en la diócesis de Europa, en Alemania. A la par, llevo un apostolado con refugiados de las tantas guerras.

EGG: ¿Cómo percibes las relaciones históricas entre ambas iglesias y qué opinas de los



gestos que durante su primer año de papado ha tenido León XIV?

RCA: La relación histórica (después de siglos de desavenencias) se inauguró en 1966 con un encuentro entre el papa Pablo VI y el arzobispo de Canterbury, Michael Ramsey, tras el Concilio Vaticano II, que impulsó la experiencia del movimiento ecuménico en el ámbito de la Iglesia católica. El nivel de la experiencia ecuménica entre ambas iglesias es el de superar divisiones históricas y caminar hacia la comunión plena, abordando temas teológicos, litúrgicos y de misión, fomentando la amistad, el testimonio y la misión conjunta.

Los primeros gestos que ha tenido el papa León XIV con respecto al interés ecuménico con la Iglesia anglicana sigue siendo un intento de continuidad dialogante con el papado de Francisco, pero con su propia impronta, especialmente en la profundización del ecumenismo a través de la sinodalidad. Ésta, aunque de sumo interés para Francisco (a quien todos hemos admirado profundamente), queda ahora en manos de León XIV, quien deberá impulsar su desarrollo y asumir el aprendizaje que conlleva.

La sinodalidad, como un proceso de escucha y discernimiento en común, es esencial para la vida ecuménica, pues invita a iglesias de diversas tradiciones a caminar juntas. Se percibe que León XIV, Robert Prevost, es tímido e introvertido como Benedicto XVI, que tiene la energía de Juan Pablo II y que su predicación es directa y aterrizada como la de Francisco. En el poco tiempo de su ejercicio se han generado muchas expectativas como un hijo de san Agustín. Tan decidido está a seguir el espíritu de Juan Pablo II en la «comemoración ecuménica de los testigos de la fe» que, durante su alocución en la oración del Ángelus, en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, señaló la importancia de su

papel como papa al servicio de la unidad de la Iglesia y aludió al «ecumenismo de la sangre», que une a todos los cristianos gracias al testimonio de los mártires que dan su vida por Cristo, independientemente de la Iglesia o comunidad eclesial a la que pertenezcan. En esta ocasión afirmó: «Aún hoy, en todo el mundo hay cristianos que el Evangelio vuelve generosos y valientes, incluso a costa de su vida. Existe, pues, un ecumenismo de la sangre, una unidad invisible y profunda entre las Iglesias cristianas, que sin embargo aún no viven la plena comunión visible».

En esa misma vía he podido ser testigo de un gran movimiento ecuménico en Alemania; de hecho, hemos tenido muchas celebraciones eucarísticas juntos, no sólo con la Iglesia católica–romana, sino también con la luterana y la evangélica, entre otras. Parece que, poco a poco, tendemos a lo que Karl Rahner anticipaba: en las próximas épocas se será místico o no se será. Los movimientos eclesiales, al menos en la diócesis de la que formo parte, tienden a concentrarse ya no en el cristianismo de «masa», sino en uno de «esencia».

EGG: En ocasiones se dice que el diálogo interreligioso puede llegar a ser más sencillo que el ecuménico, ¿qué opinas de esta realidad y cómo es vivir un ecumenismo en tu propia persona?

RCA: Es cierto que hay diferencias entre el diálogo ecuménico y el interreligioso. Sin embargo, ha sido justamente el diálogo interreligioso el que ha enderezado el camino del ecumenismo. En el ámbito interreligioso la escucha ha debido orientarse más hacia lo trascendental que hacia las particularidades que suelen marcar el diálogo ecuménico. Asimismo, la cooperación interreligiosa, centrada con frecuencia en acciones concretas por un mundo habitable, con justicia y amor, ha ennoblecido la senda ecuménica.



Foto: © Roberto Carlos Ábrego

Si la convivencia ciudadana dentro de una aldea global es hoy una exigencia ética, lo es aún más para la convivencia de la familia cristiana. El ecumenismo también parte, de manera vigorosa, de una ética global hacia una ética cristiana, donde la escucha parte de la amistad y la valoración de las diferencias; diferencias entendidas no como herejías o proscripciones mutuas, sino como identidades que se forjan en el tiempo y en la distancia históricas. Dicho esto, a algunos les puede parecer que insisto en una trivialidad de las diferencias; nada más ajeno a la realidad. Por el contrario, se trata de asumir la exigencia de superar divisiones históricas, verbales o teológicas, pero a partir del amor amigable. Y este amor amigable exige tiempo y procesos para una convivencia de unidad en la esperanza, fe y amor, siendo el amor el camino que sostiene a las otras dos.

De este modo se perfila una espiritualidad de aprendizaje compartido entre anglicanos y católicos, como creyentes y miembros de sus propias expresiones de ser Iglesia. Una espiritualidad que me sigue mostrando la necesidad de un arraigo profundo en el llamado a ser uno en Cristo. En mi propia experiencia —recogida en esta misma revista, en el artículo «Una experiencia de silencio»—, la convivencia amorosa y cotidiana con una familia de otra denominación cristiana evitó que discutiéramos sobre cosas periféricas, concentrándonos en lo esencial, el ser para el otro, el amor en los concretos, en el diario vivir.

EGG: ¿Qué expectativas y deseos tienes del recién iniciado papado de León XIV?

RCA: El papa León XIV, con un fuerte arraigo en Perú y Latinoamérica por haber vivido allí, genera grandes expectativas de una visita en 2026, buscando fortalecer el diálogo y la cercanía con la Iglesia en la región, prometiendo continuar la línea pastoral de Francisco, enfocada en la sinodalidad, la justicia social y el apoyo a los jóvenes y sectores populares, con un compromiso especial por la prevención de abusos en la Iglesia. En mi opinión, sería muy deseable que el papa León XIV vuelque su mirada al ecumenismo, no a partir de ejercicios teológicos de declaraciones o escritos, que sin duda tienen importancia, sino a través de experiencias vivas de Jesús, que se manifiesta más allá de grupos religiosos, de órdenes o denominaciones. Esto es «un ecumenismo de sangre», de hermanos sabiéndose hermanos. ☒

Para saber más:

Ábrego, R. C. (2023, 8 de agosto). Una experiencia de silencio. *CHRISTUS*. <https://bit.ly/4az1KJL>





NACIDOS BAJO EL MANGO: ESCUELITA BENDITA MEZCLA

Manuel Antonio Silva de la Rosa

La escolita Bendita Mezcla es un brote de una teología que se encarna desde una comunidad que escucha, que está atenta a la vida, tejiendo la palabra compartida y caminando al ritmo de los pueblos. Esta escolita es un signo de cómo la esperanza se organiza desde abajo, donde la formación se forja desde un cuerpo comunitario con apertura para escuchar, celebrar y re-existir. Esta entrevista se realizó a Rossy Iraheta, Diego Sánchez, Francisco Bosch y Laura Lienlaf, quienes forman parte del equipo coordinador de Bendita Mezcla.

Manuel Silva (MS): Bendita Mezcla no parece una escuela planificada desde un escritorio, sino que brota. ¿Pueden contarnos la historia de ese brote?

Bendita Mezcla (BM): Como primer gesto, queremos agradecer a la *Revista CHRISTUS* por invitarnos a compartir algo de nuestro caminar como Bendita Mezcla. Somos cuatro compañerxs: Rossy Iraheta, de El Salvador; Diego Sánchez y Francisco Bosch, de Argentina, y Laura Lienlaf, chileno-mexicana. Somos

teólogos, educadores populares y aprendices del pueblo pobre de Nuestra América.

Bendita Mezcla no nació de un plan trazado en un escritorio, sino de un brote. Es una escolita de teología narrativa de la liberación que creció como crecen las cosas vivas: desde abajo, desde la tierra y sus voces. Brota del tronco de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), de esa savia teológica que corre en la historia de los pobres que luchan, celebran y cuentan la fe con sus propias palabras.

Nuestro nombre llegó después, cuando el camino ya tenía polvo en los pies. «En el principio estuvo el tallerear la fe», podríamos decir, jugando con el prólogo de Juan. En esos talleres —en comunidades de tierra adentro— buscamos las historias creyentes que siguen haciendo nacer la teología de la liberación junto a sus hermanas: la educación popular y la narrativa encantada de los pueblos. Ése fue el caldo de cultivo de lo que Leonardo Boff llamó «una auténtica teología narrativa de la liberación».

Para contar de dónde surge este brote hay que contar una historia, porque eso somos: una escuela que se cuenta contándose. Era el año 2016 y, bajo un árbol de mango en Asunción, Paraguay, durante un encuentro continental

Académico y acompañante espiritual del Centro Universitario Ignaciano del ITESO.



Foto: © Francisco José Bosch

de CEBs, comenzó a soñarse una escuelita para jóvenes. Había una intuición clara: el centro debía ser la escucha. Queríamos formar núcleos de escuchadores, comunidades capaces de oír el paso de Dios en la voz de los pueblos. Bajo ese árbol se sembró la primera semilla.

Durante cuatro años recorrimos comunidades en distintos países de Nuestra América. Allí registramos narraciones y testimonios en primera voz, con el corazón encendido por las historias de amor que los pueblos siguen contando aun en medio del dolor. Esas historias son una teología viva, escrita en los cuerpos, cocinada en las ollas, rezada en las

mingas. Después las pusimos en diálogo con grandes maestras y maestros de la teología latinoamericana, que reconocieron el mismo pulso de la Palabra que se hace carne en la historia.

La pandemia de 2020 cambió el rumbo. El sueño territorial se volvió virtual, pero sin perder el espíritu comunitario. Así nació la primera generación de la escuelita, con once educadorxs de siete países, reunidos en torno a la pantalla, como si fuera una nueva fogata. Diseñamos tres etapas: primero, la escucha de dos sabidurías —la de las comunidades y la de la teología comprometida—; luego, la profundización del método, y finalmente, la



formación de teólogos cosechadores, celebradores, despertadores y escuchadores.

MS: *¿Qué gritos, qué silencios, qué cantos y qué luchas concretas de las comunidades estaban escuchando que les dijeron «es necesaria una escuelita como ésta»?*

BM: Bendita Mezcla nació para aprender de las comunidades a ser comunidad. Ése fue el grito que escuchamos: el dolor de la soledad, la herida de un mundo que olvida lo constituyente, sanador y salvador de vivir con otros y para otros. Descubrimos que la fe de los pobres no pide teorías: pide compañía, escucha y lenguaje propio.

Desde entonces trabajamos cultivando, entre las voces populares, una teología que dé cuenta de una esperanza nuestra —aquí sembrada—, entre mangos y mates, con olor a frijoles cocinándose en los pasajes de los barrios populares. A eso sabe Bendita Mezcla: a pan compartido, a olla común, a palabra tejida en ronda.

Escuchar se volvió nuestro verbo central. Escuchar los cantos y los silencios, los sueños y los miedos. En los talleres, las comunidades querían contar su fe: su manera de celebrar, sus propias parábolas y cantos. Y nosotros aprendíamos que allí está la teología, en ese ejercicio radical de poner en el centro la vida, de resonar con la Escritura, de discernir juntos la realidad.

Hacer teología desde, con y para las comunidades significó también hacerla *en comunidad*. No hay método sin cuerpo colectivo, sin escucha mutua. Como decimos a menudo: el contenido está en el método, y el método está en gerundio, siempre haciéndose.

MS: *¿Quiénes fueron esas personas, esos «teólogos y teólogas de andar cotidiano» que les ayudaron a dar a luz esta iniciativa?*

BM: En este camino hay muchos nombres, pero uno resuena con fuerza: Ivar Ortega, el «Job Chapaco», un campesino de Tarija, al sur de Bolivia. Al narrar su historia de fe y de lucha por la salud de su compañera se «acordó de Job». En esa memoria narrativa nació la resonancia con el corazón de la Revelación: la esperanza que no se rinde, la palabra que brota del sufrimiento. Con Ivar y con tantos otros fuimos haciendo método en camino: una epistemología de la práctica desde los pobres de Nuestra América, una teología que se aprende caminando y se verifica en el compartir.

En 2025, facilitando la metodología del IV Congreso Continental de Teología en Lima, fuimos afinando el oficio: artesanal, antisistémico y colectivo. Con esas tres claves —artesanal, porque se hace con las manos y los afectos; antisistémico, porque se rebela contra el mercado religioso, y colectivo, porque sólo existe en el nosotros— seguimos repensando el ver—juzgar—actuar desde las luchas cotidianas, las escondidas y las bullistas, las rurales y las urbanas. Con mártires nuevos, con santos anónimos.

En ese Congreso Leonardo Boff habló de los procesos que están dando vida a «teólogos orgánicos de las comunidades de base». Tal vez eso somos: aprendices de esa organicidad viva del Espíritu, teólogos de comunidades para una teología sabrosa y compañera.

Seguimos soñando que florezcan con néctar de su propia tierra: teólogas y teólogos del pueblo que hagan de la teología un acto de ternura política y una práctica de justicia esperanzada; teólogos que celebran la vida en comunidad; teólogos que escuchan el paso de Dios; teólogos que despiertan el cuerpo como eje fundamental del hacer teología; teólogos que cosechan con sus comunidades lo que van aprendiendo en el camino.





PATATAS EN FORMA DE CORAZÓN

Carlos Alonso Grande Aldana

*Si abriéramos a la gente,
encontraríamos paisajes.*

*Si me abrieran a mí,
encontraríamos playas.*

Agnès Varda, *Las playas de Agnès*.

El siguiente análisis de *Los espigadores y yo* (2000), videoensayo que nos convoca en estas páginas, podría sintetizarse en el epígrafe que abre este espacio, en las mismas palabras de nuestra directora de hoy, Agnès Varda. Planteémonos, entonces, la pregunta: si nos abrieran, ¿qué encontraríamos en nosotros? ¿Playas, bosques, desiertos? ¿Lugares que quisiéramos habitar o de los cuales quisiéramos huir?

El caso de Agnès es excepcional: más que ser una directora que hace un cine preocupado por las personas, estamos ante una persona preocupada por otras personas que hace cine. Se trata de un matiz importante, totalmente visible en su cine y brillantemente expuesto en *Los espigadores y yo*. Y es que desde *dónde* se mira es muy importante, y con Agnès, con *quiénes* miramos y construimos esa mirada.

Maestro en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO. Actualmente es profesor de tiempo fijo en el Departamento de Formación Humana de la misma universidad, donde coordina la academia de Ética Aplicada.

El videoensayo expone la realidad de los recolectores —espigadores—, tanto urbanos como agrícolas, dedicados a hurgar en lo que no fue deseado, valorado: en aquello destinado al olvido. Varda recurre a las pinturas de Millet, que nos muestran el acto de recoger el fruto de la cosecha. Hay aspectos importantes: primero, que quienes espigaban eran mujeres; segundo, que se trataba de un acto profundamente comunitario: se espigaba entre familia, vecinos, amigos y, después de la cosecha, las reuniones alrededor del pan y del vino eran frecuentes. Precisamente en este punto Agnès se pregunta por los efectos y sentidos de espigar en la sociedad actual —significativo resulta que esta película haya visto la luz al comienzo del nuevo milenio—: ¿cómo se espiga en una sociedad que tiende a convertirlo todo en un desperdicio, en el capitalismo fagocitante en donde lo que es producido ya tiene, de antemano, una fecha de inminente de caducidad? Caducidad extendida desde objetos... hasta personas.

¿Qué historia hay detrás de aquello que fue desechado? ¿Qué historia hay detrás de quienes se adentran en los desperdicios? Volvamos a nuestro epígrafe: Agnès, como espigadora, recolecta rostros, personas, patatas, imágenes, conflictos, sus manos viejas, camiones, historias, necesidades, basura convertida en arte, relaciones amorosas, un reloj sin agujas...

Lo que nos enseña es que, detrás de todo lo mencionado, con la mirada justa —que, en



“ Mucho nos hemos preocupado por construir castillos en el cielo, mientras hemos olvidado aquello que nos acompaña en la tierra de nuestro camino.”

este caso, es mirando con otros—, se abren paisajes en aquello y en quienes el sistema desechó. Al espigar una patata que no pasó los estándares de calidad de los supermercados (totalmente comestible), Agnès encuentra corazones, y se los lleva a su casa. Patatas en forma de corazón.

¿Para qué y quiénes vale una patata en forma de corazón —o, en su defecto, un corazón hecho patata? Al sistema no le sirve, pero a ciertas personas nos importa. Abrir el paisaje de la patata nos puede llevar a encontrar un corazón en ella. He aquí el efecto del ejercicio de espigar.

En algunos momentos, el filme alude a que espigar implica el cambio de postura, la necesidad de agacharse, y tomar, con las manos, aquello que yace en el suelo. Esta simpleza tiene una gran repercusión metafórica: agacharse comporta no solamente un acto de humildad sino, sobre todo, descolocar la mirada, no ver hacia el cielo sino a la tierra. Mucho nos hemos preocupado por construir castillos en el cielo, mientras hemos olvidado aquello que nos acompaña en la tierra de nuestro camino. Por decirlo de otro modo: espigar, agachar el cuerpo y la mirada, implica trastocar nuestros ojos.

Otro gesto importante en el acto de espigar: la transformación. Aquello que es espigado es



Foto: © DenisMakarenko, Depositphotos

resignificado: lo que fue abandonado encuentra otro sentido en nosotros y en nuestro mundo. Como un reloj sin agujas. A primer vistazo, parecería evidente que un reloj sin agujas no tiene propósito; sin embargo, Agnès lo espiga y lo lleva a su casa. Lo que encontró en este reloj fue la posibilidad de pensar al tiempo de otra manera: «Un reloj sin agujas me viene muy bien. No ves el tiempo pasar», nos dice Agnès y, en un gesto maravilloso, ella pasa detrás, poco a poco y de lado a lado, a través de la fugacidad de un tiempo que no se mide con manecillas. Un tiempo que puede hacer frente al miedo que Agnès nos va compartiendo a lo largo del videoensayo, el inexorable hecho de morir.

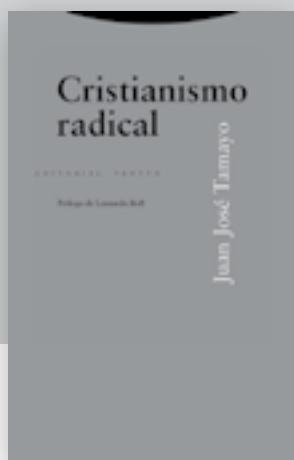
Indirectamente, el videoensayo, en ocasiones, se nos presenta como un autorretrato de la propia Agnès: «Porque ése es mi proyecto: filmar con una mano mi otra mano. Entrar en el horror. Me parece extraordinario. Me da la impresión de ser un animal. Peor aún, soy un animal que no conozco». Agnès va espigando retazos de sí misma y a ratos se desconoce y a ratos se reencuentra consigo a través de los otros. Así, pues, es con los otros como vamos adentrándonos cada vez más en los paisajes que aprendemos a transitar, a veces a solas, a veces en compañía, como las propias espigadoras.

Quién sabe, tal vez encontremos en nuestro camino patatas en forma de corazón. O corazones con forma de patatas. ☒



CRISTIANISMO RADICAL

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J.



Cristianismo radical (Trotta Editorial, 2025) es el libro de un testigo. Escrito por uno de los protagonistas de la teología de la liberación en España, el libro de Juan José Tamayo nos propone un itinerario para recorrer un amplio arco de propuestas que, partiendo desde el fundamento común de localizar los aires liberadores del Espíritu de Dios, enfrentan las grandes injusticias y los grandes desafíos que hoy ponen en entredicho la posibilidad de una vida justa y buena. El mismo autor se convierte en nuestro guía en ese itinerario, como aquél que «ha visto y oído», que ha sentido de primera mano a ese Espíritu actuando y abriendo alternativas y posibilidades para que, como luz que brilla en las tinieblas, podamos imaginar e ir ensayando una comunión como la que, en su tiempo, Jesús imaginó, ensayó y encarnó. Así, el autor se sabe testigo de la Palabra de Vida, del Jesús que da fundamento al cristianismo, que puso su morada en estas tierras nuestras, las del sur global, las del mundo, tan heridas.

Integrante de la Compañía de Jesús, profesor del ITESO y director de la revista *CHRISTUS*.

El itinerario propuesto por Juan José Tamayo tiene tres ejes estructuradores que atraviesan cada uno de los acápites en los que ha dividido su libro. Son estos tres ejes los que permiten que el libro sea algo más que un catálogo de propuestas teológicas contemporáneas y que se convierta en una búsqueda espiritual en cada una de esas propuestas. En cada propuesta ha de encontrarse algo de estos ejes, de modo que todas se puedan reconocer naciendo de una misma raíz, como ramas de un mismo árbol; de ahí el adjetivo que acompaña y da unidad al cristianismo del título: radical. Los ejes, que trataré de desarrollar brevemente a continuación, son: un cristianismo con causa, un cristianismo con horizonte y un cristianismo en comunidad.

Un *cristianismo con causa*, porque en la raíz de estas propuestas de comprensión del cristianismo hay un diagnóstico diligente del contexto en que se encarna el cristianismo, que hace descubrir un núcleo conflictivo, fuente de injusticia y deshumanización, que se interpreta en coincidencia con la misión que Jesús de Nazaret encarnó en su tiempo y sigue encarnando en sus discípulos y discípulas. En ese diagnóstico se reconoce el obstáculo que



“ Es un libro que así nos invita a sumar, a entrar en diálogo, a darle juego a los sueños y visiones”.

el cristianismo ha de enfrentar para ser fieles a quien, en nombre del Padre, se rebeló contra la injusticia de su tiempo. Este reconocimiento depende de una particular hermenéutica que, en cada uno de los casos, va proponiendo énfasis y acentos que muestran la riqueza de lo que se puede y se debe, guiados por el Espíritu del Cristo, hacer posible en la humanidad. Pobreza, patriarcado, clericalismo, imperialismo, colonización, irreverencia ante la humanidad, la diferencia y los equilibrios naturales y vitales, son todos motivos para leer en cristiano, es decir en la experiencia de Jesús, lo que hay que denunciar y lo que todavía habrá que ayudar a nacer. Si el cristianismo es radical es porque se enraíza en esas situaciones, para revelar al Padre de Jesús que no ha querido dejarlas yermas.

De ahí que sea también un *cristianismo con horizonte* porque Juan José Tamayo nos hace evidente, en cada una de estas propuestas, no sólo su actualidad sino su poder provocador de futuro. Su propuesta no es retrospectiva, como pasando revista a todo lo que ya ha sucedido, sino que quiere reconocer y recuperar lo que cada una de estas propuestas tiene de potencial de semilla; lo que con ellas puede nacer y, más aún, ya está naciendo y permite imaginar los árboles floridos o cargados de frutos, porque ya los ha empezado a dar. En esa imaginación, profética, como la llamaría Brueggemann, está un hombre entrado en años compartiendo sus sueños para impulsar a nuevas generaciones, con las que el hombre dis-

fruta caminar; a generar, presentar y defender visiones de lo que ahora puede venir, de lo que puede hacerse y lo que se puede dar. El libro se convierte así en un testimonio intergeneracional que se ubica entre posibilidades y trabajos por hacer nacer un futuro en el que, viejos y jóvenes, con nuestras distintas experiencias y sueños, podemos prodigar y alimentar.

Un *cristianismo en comunidad* porque en cada uno de los apartados van apareciendo nombres de personas, grupos, comunidades y pueblos a los que el autor conoce y, me atrevería a decir, en muchos casos admira y ama. Como testigo, Juan José Tamayo va dando cuenta de lo que ha descubierto en sus amigas y amigos, en las comunidades que le han recibido, con las que ha interactuado, dialogado, tal vez discutido, y de las que ha aprendido que el cristianismo no es cosa de uno, sino que siempre es creación comunitaria, de iglesia, *ekklesia*, en el sentido de asamblea de iguales donde la palabra corre, como nos indicó hace años ya Elisabeth Schüssler Fiorenza, que es una de sus amigas y maestras.

Tenemos, en suma, un libro testimonial, en el que el testigo no solamente mira hacia los hechos pasados, sino que invita con ello a hacer una hermenéutica del futuro y un llamamiento a formar la comunidad que lo pueda hacer posible. Es un libro que así nos invita a sumar, a entrar en diálogo, a darle juego a los sueños y visiones, a presentar y defender nuestros deseos y perspectivas, para que el cristianismo pueda ser todo lo que su raíz, el Espíritu de Jesús que nos habita, nos llama y convoca, puede dar y anunciar. Juan José Tamayo lo dice con claridad: «Un cristianismo que invita a pensar, vivir y actuar de manera diferente y coherente, propone alternativas y mira al futuro creativamente. El resultado es un cristianismo históricamente significativo». Con la mirada puesta en Jesús, y reconociendo la radicalidad de su encarnación. ☒





NO SÓLO DE PAN...

Sebastián Salamanca Huet, S.J.

ABRIL

Domingo 5

«El encuentro con el resucitado nos saca del temor».

- Hch 10, 34. 37–43
- Sal 117
- 1ª Cor 5, 6–8
- Jn 20, 1–9

§ Este domingo de Resurrección queremos encontrarnos con Jesús vivo para salir de nuestros temores y dudas. Pedro se anima a tomar la palabra, el encuentro que tuvo con el resucitado lo ha llevado del encierro y el miedo hacia la valentía y la fuerza. Jesús resucitado se hace presente a unos cuantos, no es un suceso multitudinario, Dios actúa desde la pequeñez.

§ Hay una certeza inmediata previa al encuentro con el resucitado: el sepulcro está vacío. Si permanecemos en el temor y el encierro, nos quedamos vacíos, sin esperanza, sin Jesús. Si nos atrevemos a confiar en esa acción de Dios discreta, pero constante, podremos salir del sepulcro vacío y dar fe de la Palabra que Dios nos da.

§ Cantemos como el salmista, que la misericordia de Dios es eterna, que actúa en favor de nosotros, sus hijos e hijas, que no nos abandona al vacío y a la muerte.

Que la oración nos disponga a discernir esos signos sencillos pero constantes de Dios, para salir de nuestros propios sepulcros, cantar su misericordia eterna y dar fe, con la vida, de la promesa de vida abundante que hoy se renueva.

Jesuita, artista plástico e iconógrafo. Actualmente se encuentra realizando sus estudios de Teología en la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá, Colombia. Además de sus estudios en Artes Plásticas, realizó la Maestría en Filosofía y Ciencias Sociales en el ITESO. Es apasionado del arte sacro y ha aprendido a escribir iconos ortodoxos de forma autodidacta.

Domingo 12

«La fe es el tesoro más grande que podemos tener».

- Hch 2, 42–47
- Sal 117
- 1ª Pe 1, 3–9
- Jn 20, 19–31

§ Hoy en día es difícil creer. Abundan las noticias falsas, las promesas sin cumplir, el compromiso se vuelve algo relativo y los conflictos mundiales parecen no tener solución. Como los discípulos, podemos permanecer con las puertas cerradas «por miedo». El apóstol Pedro nos dice que la fe de nosotros es un tesoro, «más preciosa que el oro», porque para tener fe se necesita tener valor, coraje, confianza y esperanza en que Dios actúa sin que veamos resueltas todas las dificultades que pasamos en la vida cotidiana o que vemos al mundo atravesar.

§ Aquí vale la pena preguntarnos: ¿Qué significa que la misericordia de Dios es eterna? A lo cual podemos responder afirmando que Dios se con-misera, se conmueve con nuestras vidas, no es un Dios indiferente al que le resulta irrelevante nuestro más mínimo problema. Dios camina con nosotros en esas dificultades y nos invita a creer en que Él está presente en todo momento.

§ La vida primitiva de la Iglesia nos puede ayudar para alimentar la esperanza en un mundo distinto, en el que todas las personas tienen la oportunidad de vivir una vida en plenitud, con la dignidad de hijas e hijos de Dios. Dios se manifiesta y no da su paz, nos sale al encuentro en Jesús su Hijo que nos invita a creer aunque no veamos.

Que Jesús nos abra los ojos del corazón para verlo entre nosotros, y que su paz nos anime a creer en que Dios no se olvida de su pueblo.





Domingo 19

«¿Reconocemos a Jesús como el Hijo del Padre?».

- Hch 2, 14–22
- Sal 15
- 1ª Pe 1, 17–20
- Lc 24, 13–35

§ Las lecturas de hoy nos pueden hablar de algo que damos por sentado, pero que tendemos a olvidar: que somos cristianos, que creemos en Jesucristo. La memoria es frágil y entre las situaciones de la vida nos podemos olvidar de quién es ese Jesús. En Hechos, Pedro habla de Jesús de Nazaret como un «hombre acreditado por Dios» en sus obras y en sus palabras. Nos invita a poner la mirada en las obras y palabras de Jesús para reconocer que Él es ese camino de la vida que canta el salmista.

§ De allí que el mismo Apóstol nos diga en su carta que por Cristo creemos en Dios Padre, es decir, que por las obras y palabras de Jesús, y por la acreditación que da de ello Dios al resucitarlo de entre los muertos, al no abandonarlo a la muerte ni a la corrupción, nos viene la fe en ese Dios de la Vida que no nos abandonará a la muerte tampoco a nosotros, los que esperamos en Él.

§ Por ello el reclamo del Resucitado en su encuentro con los discípulos camino a Emaús podría aplicarse a nosotros, porque muchas veces no ponemos atención a las Escrituras que nos hablan de las obras y palabras de Jesús; nuestro corazón arde cuando miramos a Cristo Jesús, el Resucitado que viene a encontrarse con nosotros para darnos paz y consuelo.

Pidamos para que Dios nos ayude a reconocer su presencia en sus obras y palabras, a dejarnos sostener por su promesa Vida y a caminar con esperanza, con la certeza de que no estamos solos y de que Él continúa saliendo a nuestro encuentro.

Domingo 26

«¿Qué tenemos que hacer, hermanos?».

- Hch 2, 14. 36–41
- Sal 22
- 1ª Pe 2, 20–25
- Jn 10, 1–10

§ En la lectura de Hechos el discurso del apóstol Pedro suscita la pregunta eje de la reflexión de hoy: ¿Qué tenemos que hacer? En las circunstancias cotidianas podemos vernos abrumados por no saber cómo proceder para resolver un conflicto, para seguir adelante. Pedro afirma con valentía que «Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús, a quien ustedes han crucificado», no como un reclamo rencoroso, sino como una invitación a ser partícipes de la salvación del Dios que no hace acepción de personas.

§ El mismo Apóstol en su carta nos indica qué debemos hacer: «soportar con paciencia las dificultades» porque tenemos puesta la esperanza en un Dios que nos ha curado con sus heridas. En Jesús toda herida humana encuentra su cura, porque Él mismo atravesó la condición humana completa para redimirla.

§ De aquí que Juan ponga en boca de Jesús el discurso del Pastor, que conoce a sus ovejas y las llama por su nombre. Jesús conoce nuestras heridas, nuestro ser entero, nos llama y nos cuida. Jesús es la puerta que nos permite soportar las dificultades de la vida, confiando en que Él se hace presente, en que su salvación nos anima para encontrar plenitud y alegría profunda aún en lo que nos desespera y entristece.

Que sepamos atender a su llamada, a confiar nuestras heridas al Dios que sana desde dentro y a caminar con paciencia y esperanza, sostenidos por la certeza de que Él nos cuida y nos conduce hacia una vida plena.





MAYO

Domingo 3

«¿Cuál es nuestra identidad?».

- Hch 6, 1–7
- Sal 32
- 1ª Pe 2, 4–9
- Jn 14, 1–12

§ En ocasiones olvidamos quiénes somos los cristianos. En medio de un mundo tan opaco en el que las identidades son un tanto vaporosas, las lecturas de este domingo pueden darnos pistas con las cuales identificarnos y reafirmarnos como cristianos, seguidores de Jesús. El apóstol Pedro nos dice que somos «piedras vivas», es decir, que somos parte de un edificio que se levanta, un espacio que se vuelve refugio y consuelo para quienes andan perdidos y tristes. La Iglesia no es un edificio inerte, muerto, sino un edificio vivo. Fuimos llamados «de las tinieblas a la luz» por Dios, quien nos devuelve la vida para contagiarla.

§ Esa misma Iglesia viva se preocupa por los débiles, los pequeños, especialmente por las viudas y los huérfanos. Esta preocupación lleva a una organización más elaborada en la Iglesia naciente, haciendo viva la proclamación del Salmo que canta al Dios que «en épocas de hambre da vida» y cuida de quienes se confían en Él.

§ Además de ser piedras vivas de un edificio que acoge y cuida, en Jesús encontramos el camino a seguir, la verdad que se hace carne y la vida que nos da fe. Creer en Jesús implica hacer las obras que Jesús hace, siempre en referencia a ese Dios Padre, un Padre que nos trata como hijos, no como esclavos o siervos. Estamos invitados a no olvidar nuestra identidad: piedras vivas que caminan en dirección al Padre, siempre en conjunto para construir.

Que permitamos dejar al Espíritu conducirnos de la tiniebla a la luz y a caminar juntos, sosteniéndonos unos a otros en la tarea de edificar una comunidad viva y esperanzada.

Domingo 10

«La obra de Dios es admirable».

- Hch 8, 5–8. 14–17
- Sal 65
- 1ª Pe 3, 15–18
- Jn 14, 15–21

§ El salmo de hoy nos invita a recordar todo lo bueno que hay en nuestras vidas y cómo Dios se hace presente a través de ello: las personas, las situaciones, las cosas, todo lo bueno en nuestra vida nos habla de ese Dios y lo que ha hecho por nosotros. Eso nos da alegría, como al pueblo de Samaria cuando el diácono Felipe realiza la obra salvadora de Cristo en medio de los dolores y dificultades que viven. Esa alegría es signo de la presencia del Resucitado que continuamos celebrando en este tiempo de Pascua.

§ Dios no nos deja desamparados, como no dejó a Jesús en su muerte. El Espíritu, que actúa en nosotros porque nos habita, es el que no confirma en esa constante acción salvífica de Dios. En el Espíritu confirmamos que todo aquello que recordamos de bueno en nuestra vida es acción de Dios, porque el Espíritu nos permite reconocer a Dios en todas las cosas y en todas las personas.

§ Y la actitud que el apóstol Pedro nos invita a tener de sencillez y respeto nos puede ayudar a enfrentar lo no tan bueno, en donde Dios también se hace presente. Si confiamos en el Dios que resucitó a Jesús, confiamos en el Dios que sigue actuando por nosotros, en nosotros y para los otros. No nos va a desamparar en lo difícil y complicado, nos va a acompañar para descubrirle incluso en lo que más trabajo nos cuesta.

Que la oración nos disponga a discernir su presencia también en lo que cuesta y duele, a vivir con sencillez y confianza, y a caminar con la certeza de que Dios no nos desampara, sino que nos acompaña siempre.



Domingo 17

«Dejar de mirar al cielo para mirar la vida que acontece frente a nosotros».

- Hch 1, 1–11
- Sal 46
- Ef 1, 17–23
- Mt 28, 16–20

§ Como los discípulos, podemos caer en la trampa de quedarnos mirando al cielo, como esperando a que algo suceda. La pascua que celebramos nos habla de la presencia de Jesús Resucitado de una forma distinta a la presencia física o presencial a la que estamos acostumbrados. Es normal que nos fiemos de los sentidos para corroborar lo que acontece a nuestro alrededor; pero los sentidos nos pueden dejar paralizados en espera de un signo o señal evidente.

§ Jesús nos aseguró una cosa que el evangelista Mateo nos escribe: «Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo». Esa presencia del Resucitado ya no es como la presencia del Jesús que caminaba por Galilea, que nació en Belén, es una presencia distinta, una presencia que invade la vida completa y que nos impulsa al canto, al júbilo, a la alegría del salmista que quiere cantar por ese Dios Vivo.

§ En la carta a los Efesios el apóstol Pablo nos invita a que esa presencia del Resucitado nos ayude a vivir la vida con plenitud y esperanza: en la Resurrección de Jesús reconocemos el poder y la fuerza de Dios Padre que no abandona a la muerte a su Hijo, sino que lo levanta para levantar con Él a toda la humanidad. Por ello podemos confiar en ese Dios de la Vida que nos da fuerzas y aliento, que nos levanta cada día para buscar vivir una vida plena y digna.

Que sepamos ser fieles a la presencia que nos sostiene, al dejarnos levantar por el Dios de la Vida y a vivir con plenitud y confianza, sabiendo que Él nos acompaña en cada paso del camino.

Domingo 24

«El Espíritu es...».

- Hch 2, 1–11
- Sal 103
- 1ª Cor 12, 3–7. 12–13
- Jn 20, 19–23

§ Las lecturas de esta fiesta de Pentecostés nos indican cómo actúa el Espíritu y de qué nos vuelve capaces. En la primera lectura vemos que el Espíritu Santo nos lleva a la comunicación con lo distinto y extraño: los discípulos hablan distintos idiomas y dialectos que entienden los judíos y paganos extranjeros. La acción del Espíritu Santo lleva a su Iglesia a hablar distintos idiomas para anunciar que Dios nos ama.

§ El Espíritu da vida y renueva nuestra mirada. Como el salmista, nosotros pedimos a Dios que envíe su Espíritu para renovar la forma en la que vemos al mundo y así encontrar esperanza en medio de la adversidad.

§ El Espíritu nos hace reconocer a Jesús como «El Señor». Al culminar este tiempo de pascua el apóstol Pablo nos dice que sin el Espíritu no podemos reconocer en Jesús al Cristo, y mucho menos reconocer al otro o a la otra como hermano nuestro, hermana nuestra. El Espíritu es el que nos abre el entendimiento para reconocer que Dios actúa, que resucitó a su Hijo y que nos hace hijos en Él.

§ El Espíritu nos lleva al perdón y a la reconciliación. Sin Él es difícil perdonar, se vuelve complicado el problema del mal en el mundo. Con el Espíritu, que habita en nosotros por el bautismo, podemos pedir la capacidad de perdonar y de alcanzar la paz que nos viene de ese perdón.

Pidamos al Espíritu la capacidad de comunicarnos, de renovar la mirada, de reconocer a Jesús como Señor, de sabernos hermanos y hermanas, y de poder reconciliarnos con Dios, con nosotros mismos y con los demás.





Domingo 31

«Dios es...».

- Ex 34, 4–6. 8–9
- Dn 3
- 2ª Cor 13, 11–13
- Jn 3, 16–18

§ Reconocemos en la Santísima Trinidad al Dios en el que creemos. Podemos perdernos en definir a la Trinidad en conceptos abstractos o en ideas, estamos acostumbrados a pensar la vida en fórmulas estériles que no tienen contenido. Desde el principio de la escritura Dios va manifestándose. Pero en Éxodo se ofrece la definición más clara del Dios-Trinidad que podemos encontrar en la Biblia. El Señor dice a Moisés: «Yo soy el Señor, el Señor Dios, compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel». En estas características se resume la Trinidad.

§ Por ello, el profeta Daniel nos invita a bendecir, es decir, a decir bien sobre ese Dios misericordioso, paciente, fiel y compasivo. La bendición es darle honor a quien se bendice, reconocer su forma de ser. Así pues, el apóstol Pablo reconoce a la Trinidad como el «Dios del amor y de la paz» que está con nosotros.

§ Su presencia se hace radicalmente tangible gracias al acontecimiento Jesucristo, en el cual Dios se encarna para salvarnos, no para condenarnos como nos dice el evangelista Juan.

Dios siempre será, sobre todo, compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel. Porque «no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por Él».



Ilustración: © Tzitzí Santillán



JUNIO

Domingo 7

«Pecadores llamados, perdonados y comprometidos».

- Os 6, 3-6
- Sal 49
- Rm 4, 18-25
- Mt 9, 9-13

§ Las lecturas de hoy giran en torno al llamado y al compromiso. A veces pensamos que el llamado de Jesús a seguirle puede pasar únicamente en momentos de oración, imaginamos una escena en la que se abren los cielos y una voz se escucha fuerte y clara, o que aparecen ángeles frente a nosotros para decirnos a dónde ir y qué hacer. Tenemos como pieza central la vocación de Mateo, quien era un publicano, un cobrador de impuestos, menospreciado y excluido por su condición laboral. Mateo, en su puesto de trabajo, es llamado por Jesús.

§ Jesús lo mira y lo llama, a ese pecador lo vuelve un pecador perdonado y llamado. Esta acción de Jesús es muy dicente, pues reafirma al profeta Oseas, quien indica que Dios quiere «misericordia y no sacrificios».

§ Nosotros, pecadores, somos llamados por Jesús. Este llamado nos hace cantar como el salmista la gratitud a Dios y el compromiso que conlleva lo que somos: pecadores llamados y perdonados. Eso nos compromete, ya que nuestra fe, la misma de Abraham, nos hace «esperar contra toda esperanza», como bien recuerda el apóstol Pablo a los romanos.

Hagamos, pues, como nos indica el profeta Oseas y esforcémonos por conocer al Dios que cumple sus promesas y no abandona a sus hijos e hijas.

Domingo 14

«Dejar a Dios ser Dios»

- Ex 19, 2-6
- Sal 99
- Rm 5,6-11
- Mt 9, 36-10,8

§ Podemos obviar las palabras del salmista: «El Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo», porque damos por sentado que comprendemos esto. En la práctica muchas veces nos olvidamos de ello, y queremos suplir a Dios o conseguimos que otras cosas (circunstancias, personas, objetos) lo suplan.

§ El texto del Éxodo nos dice que para Dios somos su «especial tesoro», para Dios valemos tanto que Él mismo se entregó por amor. Dios apuesta todo por nosotros, aunque nos equivoquemos, aunque seamos humanos, porque siempre podemos volver a escuchar su voz y guardar su alianza.

§ Como en el Evangelio, Jesús nos invita igual a nosotros compadecernos de quienes viven extenuados y desamparados. Así es como ayudamos a Dios a ser Dios: dando gratis lo que gratuitamente hemos recibido de Él, su compasión nos contagia para ser compasivos, su amor nos contagia a amar sin medida, su entrega nos lleva a entregarnos sin escatimar.

Dejémonos contagiar por la compasión de Dios para amar, cuidar y entregarnos con la misma gratuidad con la que Él se da a nosotros.





Domingo 21
«Dios es bueno».

- Jer 20, 10–23
- Sal 68
- Rm 5,12–15
- Mt 10, 26–33

§ Las lecturas de hoy nos hablan de que Dios es bueno, una característica de Dios que damos por sentada o que es difícil de comprender. Si Dios es bueno, por qué ocurren cosas malas como los desastres naturales o las acciones malas del ser humano. Esa cuestión difícil azota nuestra relación con Dios y muchas veces la condiciona. El profeta Jeremías afirma que Dios «ha salvado la vida de su pobre», es decir, que se afecta por lo que nos ocurre, no es indiferente al dolor y al sufrimiento.

§ Dios es tan bueno que no fue indiferente al pecado de Adán y, encarnándose en la misma humanidad del primer ser humano, Él mismo hizo redención y venció a la muerte con la Vida: la nueva que dio al resucitar a Jesús y de igual modo con la forma en que Jesús vivió. En Jesús tenemos un referente de humanidad único que estamos llamados a seguir.

§ Jesús mismo nos dice que valemos mucho como Dios, que reconozcamos a Dios como Bueno porque nos ama y nos invita a amarle. Dios no es indiferente a lo que vivimos, Él mismo se ve afectado por nuestras dificultades y dolencias.

El salmista nos invita a no dejar de clamar al Señor, pedirle que nos escuche en todo momento, porque Él es bueno.



Domingo 28
«Dios actúa a través de nosotros».

- 2 Re 4, 8–11. 14–16
- Sal 88
- Rm 6, 3-4. 8–11
- Mt 10, 37–42

§ La solidaridad es algo que no terminamos de comprender. A veces pensamos que es solamente dar, o sólo recibir, y nos olvidamos de que implica una reciprocidad necesaria. Tanto en la lectura del segundo libro de los Reyes como en el Evangelio hay una exposición de esa reciprocidad. Podemos pensar que cuando algo nos es dado lo «merecemos» o lo tomamos sin pensar en agradecer o dar halago a cambio de lo que recibimos. Más que hablar en términos de compra/venta, la gratuidad no implica solamente recibir, sino ser solidario con lo que se recibe.

§ El profeta Eliseo no es indiferente a la bondad de la mujer distinguida que, si bien tiene los medios para dar, es generosa con Eliseo y reconoce en él a un hombre de Dios. Asimismo, Jesús recupera este ejemplo para mostrarnos que la solidaridad tiene una recompensa que Él sabe dar, tan grande como la de Eliseo que anuncia a la mujer que será madre aunque su marido sea anciano.

§ Todo esto nos lleva a proclamar la misericordia del Señor, quien nos ha dado vida nueva en el bautismo, como dice el apóstol Pablo: considerémonos muertos al pecado y vivos para Dios.

Dios ha sido generoso con nosotros de forma apabullante e inmensa, dándonos a su Hijo, quien perdió su vida por nosotros. Que sepamos ser igual de generosos y solidarios entre nosotros para aprender del Maestro quien, tomando su Cruz, entregó la vida y nos dio una vida nueva.

LAS PALABRAS DEL PAPA

*Extractos del mensaje de su Santidad León XIV para
La LIX Jornada Mundial de la Paz*



« El que venció a la muerte y derribó el muro que separaba a los seres humanos (cf. Ef 2,14) es el Buen Pastor, que da la vida por el rebaño y que tiene muchas ovejas que no son del redil (cf. Jn 10,11.16): Cristo, nuestra paz. Su presencia, su don, su victoria resplandecen en la perseverancia de muchos testigos, por medio de los cuales la obra de Dios continúa en el mundo, volviéndose incluso más perceptible y luminosa en la oscuridad de los tiempos».

«El contraste entre las tinieblas y la luz, en efecto, no es sólo una imagen bíblica para describir el parto del que está naciendo un mundo nuevo; es una experiencia que nos atraviesa y nos sorprende según las pruebas que encontramos, en las circunstancias históricas en las que nos toca vivir. Ahora bien, ver la luz y creer en ella es necesario para no hundirse en la oscuridad. La paz existe, quiere habitar en nosotros, tiene el suave poder de iluminar y ensanchar la inteligencia, resiste a la violencia y la vence».

«San Agustín exhortaba a los cristianos a entablar una amistad indisoluble con la paz, para que, custodiándola en lo más íntimo de su espíritu, pudieran irradiar en torno a sí su luminoso calor. Él, dirigiéndose a su comunidad, escribía así: “Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella, sed los primeros en poseerla y retenerla. Arda en vosotros lo que poseéis para encender a los demás”».

«La paz de Jesús resucitado es desarmada, porque desarmada fue su lucha, dentro de

circunstancias históricas, políticas y sociales precisas. Los cristianos, juntos, deben hacerse proféticamente testigos de esta novedad, recordando las tragedias de las que tantas veces se han hecho cómplices. La gran parábola del juicio universal invita a todos los cristianos a actuar con misericordia, siendo conscientes de ello (cf. Mt 25, 31–46). Y, al hacerlo, encontrarán a su lado hermanos y hermanas que, por distintos caminos, han sabido escuchar el dolor ajeno y se han liberado interiormente del engaño de la violencia».

Una paz desarmante

«La bondad es desarmante. Quizás por eso Dios se hizo niño. El misterio de la Encarnación, que tiene su punto de mayor abajamiento en el descenso a los infiernos, comienza en el vientre de una joven madre y se manifiesta en el pesebre de Belén. “Paz en la tierra” cantan los ángeles, anunciando la presencia de un Dios sin defensas, del que la humanidad puede descubrirse amada sólo cuidándolo (cf. Lc 2,13–14)».

«Hoy, la justicia y la dignidad humana están más expuestas que nunca a los desequilibrios de poder entre los más fuertes. Es necesario motivar y sostener toda iniciativa espiritual, cultural y política que mantenga viva la esperanza, contrarrestando la difusión de actitudes fatalistas “como si las dinámicas que la producen procedieran de fuerzas anónimas e impersonales o de estructuras independientes de la voluntad humana”». ☞



EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

Se acerca la Copa Mundial en junio de 2026 y en *CHRISTUS* nos estamos preparando para entrar a la cancha con una pregunta de fondo: ¿qué pasa cuando el deporte, y en particular el fútbol, se convierte en un gran negocio global?, ¿queda ahí un espacio real para la fe, la gratuidad y la búsqueda de sentido? En el próximo número queremos mirar al deporte no sólo como espectáculo o competencia, sino como una experiencia espiritual y comunitaria que favorece la paz.

«Jugar» proviene del latín «iocari», que se traduce en «hacer algo con alegría». Lo lúdico es un lugar de encuentro: la competencia no anula la fraternidad, al contrario, la hace posible cuando reconocemos al otro como compañero de camino y no sólo como rival. En ese ir y venir del balón, de los pies en marcha, de celebraciones e intercambio de camisetas, se van tejiendo sentidos: ¿cómo nos invita Dios a jugar la vida desde lo más humano, lo más corporal y lo más compartido de nuestro ser?





ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara



Tiempo para ser mejor

Educación Continua ITESO

DIPLOMADOS Y CURSOS

Transforma tu tiempo en aprendizaje con los programas especializados que tenemos para tu crecimiento personal y profesional.

- Arte, Diseño y Cultura
- Comercio y Mercadotecnia
- Humanidades
- Ingeniería y Tecnología
- Negocios
- Organización y Liderazgo
- Política y Derecho
- Salud, Psicología y Educación



iteso.mx



EC.ITESO

AUSJAL

ITESO



33 3669 3480

33 3669 3482



33 2793 5724

ITESOuniversidad

diplomados@iteso.mx
diplomados.iteso.mx

ITESOuniversidad